

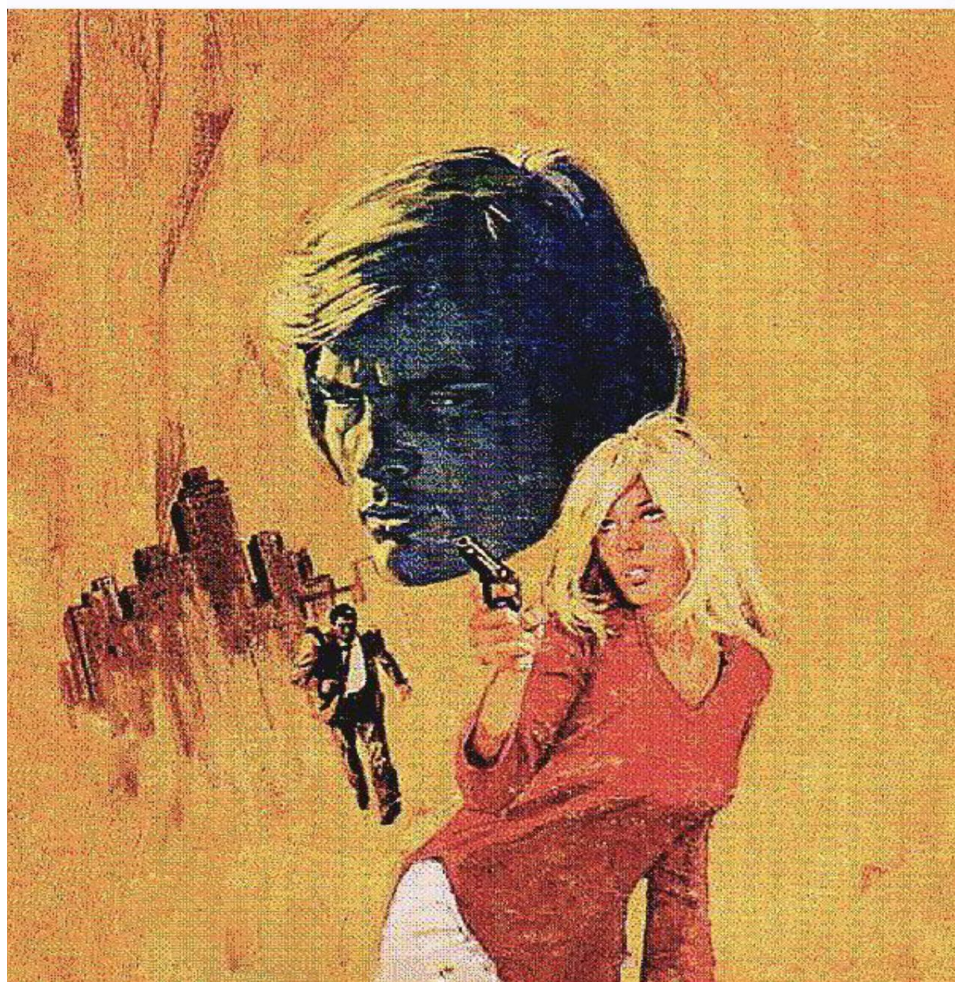
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el club de la metralleta

joseph berna



La había dado Terence Axley, en honor de su hija Donna, que cumplía los veintiún años.

Terence Axley, un cincuentón fuerte y robusto, de facciones agradables, era el propietario de la famosa cadena de almacenes Axley, más de veinte establecimientos desperdigados a lo largo y ancho de toda California.

La fiesta de cumpleaños de Donna tenía lugar en el salón principal de la magnífica casa que Terence Axley poseía en Los Angeles, en una de las mejores zonas de Beverly Hills.



Joseph Berna

El club de la metralleta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1379

ePub r1.0

Lds 20.11.19

Título original: *El club de la metralleta*

Joseph Berna, 1977

Cubierta: Jorge Samper

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La había dado Terence Axley, en honor de su hija Donna, que cumplía los veintiún años.

Terence Axley, un cincuentón fuerte y robusto, de facciones agradables, era el propietario de la famosa cadena de almacenes Axley, más de veinte establecimientos desperdigados a lo largo y ancho de toda California.

La fiesta de cumpleaños de Donna tenía lugar en el salón principal de la magnífica casa que Terence Axley poseía en Los Angeles, en una de las mejores zonas de Beverly Hills.

Asistían a ella alrededor de un centenar de invitados, todos ellos personas de elevada posición social y económica.

Los caballeros, todos sin excepción alguna, vestían de etiqueta, y las señoras y señoritas, deslumbrantes vestidos de noche, a cuál de ellos más caro.

Resultaba difícil observar fijamente, sin unas gafas de sol, a cualquiera de las elegantes damas que danzaban al compás de la suave música o simplemente conversaban entre sí con una copa en la mano, debido a los continuos y cegadores destellos que emitían las joyas que lucían, todas ellas de gran valor.

La joya más valiosa de todas, sin embargo, la lucía Donna Axley. Se trataba de un precioso collar de diamantes.

Había sido el regalo de su padre en su veintiún aniversario.

Donna, una joven de cabellos dorados como el oro, que caían como una cascada sobre sus desnudos hombros, redondos, de piel que se adivinaba suave como el terciopelo, rostro bello, con unos ojos preciosos, intensamente azules, esbelta figura, con los centímetros justos tanto por arriba —busto firme y altivo—, como por en medio —cintura estrecha y flexible como un junco—, como

por un poco más abajo —caderas amplias, perfectamente señaladas —, se había vuelto loca de alegría al ver el collar, que Terence Axley le entregó en presencia de los invitados.

El valiosísimo collar había despertado no pocas envidias entre las damas asistentes a la fiesta, pero ninguna de ellas exteriorizó dicho sentimiento.

Kenyon Dillman, un tipo rubio, bien parecido, con figura de atleta y veintitrés años recién cumplidos, bailaba en aquellos momentos con Donna Axley.

La miró fijamente a los ojos, sin decir nada.

Ella sonrió coquetamente.

—¿Por qué me miras así, Kenyon?

—Porque eres lo más bonito que ojos humanos pueden ver —respondió galantemente él.

La joven rió.

—Me ha gustado el piropo, Kenyon.

—A mí me gustas tú, Donna.

—¿Mucho? —preguntó ella, jugando con su lengüecita.

—Con locura. Tanto, que haría cualquier cosa por conseguir tu amor.

—¿Como por ejemplo...?

—Tirarme por la ventana de un primer piso —dijo él, muy serio.

—¿Sólo de un primer piso? —repitió ella, componiendo un hociquito de desilusión.

Kenyon Dillman carraspeó.

—Bueno, es que si me tiro desde más arriba, podría matarme, y muerto, de poco me serviría que te enamorasés de mí...

—Eso es verdad —volvió a reír la joven.

—Donna...

—¿Qué?

—¿No te gusto ni siquiera un poco?

—Oh, sí, claro que me gustas... ¿Cómo no vas a gustarme, si eres uno de los chicos más guapos que conozco?

—Pero no sientes nada especial por mí, confiésalo.

—Bueno, si he de ser sincera, enamorada de ti no estoy.

—¿De otro, tal vez?

Ella sacudió la cabeza con gracia.

—De nadie. Soy demasiado joven para pensar en eso, Kenyon.

—Ya no eres una niña, Donna.

—Sólo tengo veintiún años.

—Mi madre se casó a esa edad precisamente. Y mi abuela, más joven todavía: a los dieciocho.

—Eran oíros tiempos, Kenyon.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Que antes sólo se pensaba en el matrimonio.

—Y ahora también, si se está tan enamorado como yo lo estoy de ti.

Donna Axley sonrió dulcemente.

—Me siento muy halagada, Kenyon, de veras, pero...

—¿Quieres casarte conmigo, Donna? —propuso Dillman, con mucha seriedad.

La joven se echó a reír.

—Estás loco, Kenyon.

—Por ti, ya lo sabes.

—Tú también eres muy joven para pensar en el matrimonio.

—¿Muy joven...? ¡Si voy a cumplir los veinticuatro!

—¿Dentro de cuántos meses? —preguntó Donna, con ironía.

Kenyon Dillman soltó otro carraspeo.

—De once...

—O sea, que apenas tienes veintitrés años.

—Bueno, ¿y qué? Mi padre se casó a los veintidós.

Y mi abuelo...

—Deja en paz a tus padres y a tus abuelos, ¿quieres? —le interrumpió ella—. Eran otros tiempos, ya te lo he dicho.

En aquel instante finalizó la pieza que estaban interpretando los músicos, ubicados en uno de los ángulos del enorme y lujoso salón.

Donna se soltó de Kenyon.

—¿Salimos a la terraza? —sugirió él.

—Prefiero seguir bailando —respondió ella, desparramando la mirada por el salón.

—Podemos bailar en la terraza.

Donna le miró.

—Tú lo que quieres es estar a solas conmigo, Kenyon —adivinó, con pícaro gesto—. Sí, es verdad —confesó él, sonriendo—. Tal vez, a la luz de la luna, logre que tomes mi amor en serio.

—Está bien, salgamos —accedió ella—. Pero te advierto que no

voy a consentir que me beses.

—¿Ni siquiera en la mejilla?

—En ningún sitio. Hablar, lo que quieras, pero de beso, nada.

—Qué dura eres, Donna —dijo él, dando un suspiro.

—Quizá —sonrió ella.

Dillman la tomó de la mano y ambos caminaron hacia la puerta que comunicaba con la terraza.

Terence Axley surgió ante ellos, cortándoles el paso.

—¿Se puede saber adónde van ustedes, jóvenes? —inquirió, muy sonriente.

—A tomar un poco el fresco —respondió Donna.

—Para fresco, Kenyon —repuso Axley, mirando al apuesto rubio.

—¡Papá! —exclamó Donna, sorprendida.

Kenyon Dillman todavía estaba más sorprendido que ella.

Nerviosamente, balbució:

—Señor Axley, no comprendo...

—¿Por qué te llamo fresco?

—Sí...

—Te lo explicaré, jovencito. Desde hace más de media hora, tienes acaparada totalmente a Donna, y yo, que deseo bailar una pieza con ella, no encuentro el momento. ¿Te parece justo, Kenyon, que yo, su propio padre, tenga que esperar la ocasión de poder bailar con ella, como un pretendiente más?

Dillman carraspeó:

—Lo siento, señor Axley, yo no sabía que usted...

—Pues ya lo sabes, pollo.

—Aquí tiene a Donna —dijo el rubio, soltando la cálida mano de la joven.

—Gracias, Kenyon —repuso Terence Axley, rodeando con su brazo la grácil cintura de su hija.

Como la orquesta ya estaba atacando otra pieza, él y Donna se pusieron a bailar.

—Eres terrible, papá —dijo la joven, riendo.

—Un padre enamorado de su hija, eso es lo que soy.

—¿Celoso de Kenyon?

—Un poco, sí —respondió Terence, aunque no era cierto.

—Pues no tienes por qué.

—¿Quieres decir que no significa nada para ti?

—Nada en absoluto. Al menos, por ahora.

—Eso me tranquiliza.

—De todos modos, tienes que ir haciéndote a la idea de que algún día me enamoraré de un joven apuesto y me casaré con él...

—Eso me horroriza.

Donna rió.

—No puedo creer que estés hablando en serio, papá.

Terence Axley también rió.

—Pues claro que no, pequeña. Yo quiero que tú seas muy feliz, pero tu felicidad no será completa hasta que no te enamores de verdad de un joven que te merezca y te corresponda.

—Aún es pronto para eso.

—Oh, nunca se sabe, hija. El amor suele llegar casi siempre cuando uno menos se lo espera. Recuerdo que yo me enamoré de tu madre cuando...

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó de pronto alguien—. ¡Al primero que se mueva le enviamos una ráfaga de plomo y lo partimos en dos!

Los músicos dejaron de tocar y los invitados enmudecieron, al tiempo que quedaban paralizados por la sorpresa.

Se hizo un silencio sepulcral.

Todos miraban, entre perplejos y asustados, a los cinco hombres que acababan de irrumpir en el salón, dos por la puerta que daba a la terraza y los otros tres por la opuesta.

Vestían totalmente de negro y se cubrían el rostro con sendos capuchones de lana, por los que sólo asomaban sus ojos y su raja bucal.

Los cinco portaban metralleta.

Donna Axley se cogió al brazo de su padre y lo oprimió.

La joven estaba muy pálida, como la mayoría de los invitados.

Terence Axley, saliendo de su sorpresa, exclamó:

—¿Qué diablos significa esto?

De los tres individuos que habían surgido por la puerta del salón se destacó el del centro, quien respondió:

—Está claro que se trata de un atraco, ¿no?

—¿Un atraco? —repitió Axley.

—Sí, señor, un atraco. No haremos daño a nadie, a menos que

nos obliguen a ello.

Sean todos ustedes buenos y obedientes, y no tendrán nada que lamentar.

Se escuchó un murmullo de voces.

—¡A callar todo el mundo! —rugió el mismo sujeto, que debía de ser el jefe del quinteto de encapuchados.

Volvió a reinar un silencio absoluto.

El individuo avanzó otros dos pasos y ordenó:

—Los hombres junto a la pared de la derecha, y las mujeres, junto a la de la izquierda. ¡Vamos, rápido!

Los invitados se miraron entre sí, pero nadie se movió.

El tipo que llevaba la voz cantante elevó el cañón de la metralleta y accionó el gatillo, soltando una ráfaga hacia el techo.

Las balas se incrustaron en él, formando una línea de orificios.

Algunas mujeres chillaron, llenas de pánico, pero sus gritos quedaron prácticamente ahogados por el estruendo de los disparos.

—¿No habíamos quedado en que iban a ser ustedes buenos y obedientes? —dijo el individuo que acababa de causar desperfectos en el techo—. Repito que no tenemos intención de lastimar a nadie, pero si no hacen inmediatamente lo que les he ordenado, me veré obligado a soltar otra ráfaga de plomo. Y esta vez no será para estropear el techo del salón, sino para dejarles cojos a algunos de ustedes.

Tienen diez segundos para decidirse.

No hizo falta tanto.

Los hombres empezaron a caminar hacia la pared de la derecha y las mujeres hacia la opuesta, procurando dominar éstas el temblor que les agarrotaba las piernas.

Terence Axley miró a su hija.

—Obedezcamos nosotros también, Donna.

—Estoy aterrada, papá... —musitó ella.

Axley sonrió, para infundirle ánimos.

—Tranquilízate, pequeña. No va a pasar nada malo.

—Se llevarán el collar...

—La policía lo recuperará, no te preocupes. Anda, ve hacia la pared de la izquierda.

La joven lo hizo, lentamente.

Terence Axley fue hacia la de la derecha y se detuvo junto a

Kenyon Dillman.

El rubio y él cambiaron una mirada, en silencio.

Cuando todos los hombres estuvieron junto a la pared de la derecha, y las mujeres en la opuesta, el tipo que daba las órdenes le pasó su metralleta a uno de sus compinches, descolgó la bolsa de piel que llevaba a la espalda y avanzó rápidamente hacia donde permanecían agrupadas las mujeres.

—Vayan dejando caer sus joyas en la bolsa, deprisa.

En pocos minutos, todas las joyas estuvieron en el interior de la bolsa de los atracadores.

—Perfecto, señoras —dijo el tipo, con ironía, y caminó hacia la pared opuesta—. Ahora, los caballeros. Echen en la bolsa sus sortijas, sus relojes, y todo el dinero que lleven en sus billeteras.

También los hombres obedecieron.

—Bien, esto se acabó —dijo el individuo, cerrando la bolsa, la cual volvió a colgarse a la espalda.

En unas cuantas zancadas se plantó dónde estaban sus compañeros, recuperó su metralleta y se volvió hacia los atracados.

—Si quieren un buen consejo, no se muevan de donde están hasta dentro de quince minutos. Podría costarle la vida a alguno de ustedes. Ah, otra cosa: cuando alguien les pregunte quién les atracó, pueden decirle que fueron los miembros del Club de la Metralleta. Que ustedes sigan bien, amigos.

Los cinco encapuchados abandonaron el salón, llevándose el valioso botín.

CAPÍTULO II

Ray Thompson, veintinueve años, moreno, 1,92 de estatura, casi noventa kilos de peso, fuertes músculos, facciones varoniles, aunque no excesivamente duras, dejó el periódico sobre la mesa y se levantó del sillón.

Había leído, por tres veces, todo cuanto en *El Correo de Los Angeles* se decía sobre el importante atraco llevado a cabo la noche anterior, por cinco individuos enmascarados, en casa de Terence Axley, el propietario de la cadena de almacenes Axley.

Ray, que iba en mangas de camisa, y llevaba aflojado el nudo de la corbata, atrapó la cajetilla de cigarrillos que descansaba sobre la mesa, se llevó uno a los labios y le prendió fuego con el artístico encendedor de mesa, obsequio de una cliente que había quedado muy satisfecha con sus servicios.

Ray Thompson era investigador privado desde hacía dos años, y en tan corto espacio de tiempo, había demostrado sobradamente que servía para aquello tanto como el que más, por lo que gozaba de un gran prestigio en su profesión.

Ray expulsó el humo que acababa de llevar a sus pulmones y se acercó cansinamente a la ventana.

Observó el cielo.

Estaba despejado y lucía el sol con fuerza.

Bajó la mirada y observó la calle.

Muchos automóviles...

Muchos transeúntes...

Mucha prisa...

Como siempre.

Ray Thompson consumió unos milímetros de tabaco.

Iba a retirarse de la ventana, cuando vio estacionarse junto a la

acera de enfrente un «Alfa Romeo Montreal», impecable y reluciente.

Se quedó mirándolo, porque el modelo valía la pena.

Dos plazas, motor delantero de 8 cilindros en V,
2593 c. c.
y 200 CV DIN de potencia, caja de cambios manual de cinco velocidades, tracción trasera, suspensión por ruedas independientes delante y eje rígido atrás, frenos de disco a las cuatro ruedas, velocidad máxima
220 km
/h.

Un coche de gran categoría, sí, señor.

La portezuela izquierda del *coupé* se abrió, y una pierna femenina, cuyo pie, enfundado en un zapato de alto tacón, se posó en la calzada, quedó visible hasta muy arriba, porque su dueña lucía una faldita muy corta.

Ray Thompson se olvidó por completo del «Alfa Romeo Montreal», de color azul brillante, y fijó toda su atención en la pierna de su propietaria.

Larga, torneada, suavemente tostada por el sol...

Una pierna de gran categoría, sí, señor.

Inmediatamente surgió la otra extremidad inferior y la dueña de aquel par de esculturales remos, salió del coche.

El investigador estudió a la joven, de larga cabellera rubia, y pronto llegó a la conclusión de que todo lo demás estaba a consonancia con las piernas.

La joven, que ya había cerrado la portezuela del *coupé*, se estiró ligeramente la breve minifalda, se colgó el bolso del hombro, y en cuanto tuvo oportunidad, cruzó la calzada, casi corriendo, y ganó la otra acera, dirigiéndose hacia el edificio frente al cual había estacionado su lujoso automóvil, que era precisamente donde Ray Thompson tenía su oficina.

La chica rubia, al caminar, movía con gracia las caderas.

Un transeúnte se detuvo expresamente para observar el sugestivo balanceo de caderas de la joven.

Otro, además de pararse por el mismo motivo, dijo algo a la chica.

Un piropo, sin duda.

Y muy gracioso, por lo visto, ya que la joven sonrió, aunque sin volverse.

Finalmente, la chica desapareció del ángulo de visión del investigador privado. Entonces fue cuando Ray Thompson se dio cuenta de que, en su afán de observar a la joven rubia el mayor tiempo posible, había pegado su cara al cristal de la ventana, y tenía la nariz aplastada contra él.

Se apartó de la ventana, sonriendo, y aspiró nuevamente el humo del cigarrillo. En aquel momento se abrió la puerta y Sharon Grassle, su secretaria, una pelirroja con las curvas suficientes para aspirar a cualquier cosa menos a ingresar en un convento, entró en el despacho, con una hoja de papel en la mano.

Sharon tenía veinticuatro años, y vestía ajustados pantalones y una blusita sin mangas, escotadísima.

—¿Tienes unos minutos, Ray?

Thompson, que ya la estaba mirando, respondió:

—Según para qué, preciosa.

La secretaria sonrió, porque sabía por dónde iba el investigador.

—Para revisar la factura de tu último caso.

Ray dejó el cigarrillo en el cenicero, rodeó la mesa, y abarcó la cintura de la pelirroja.

Ella no puso impedimento alguno.

—No tengo ganas de revisar facturas ahora, Sharon —dijo Ray, y la besó en los labios.

La secretaria tampoco opuso resistencia.

Sin embargo, no colaboró lo más mínimo en la caricia, lo cual extrañó al investigador, pues Sharon Grassle —Thompson lo sabía bien— era una chica muy ardiente. Ray separó sus labios de los de ella y la miró.

—Estás muy fría esta mañana, Sharon...

—¿Tú crees? —repuso ella, sonriendo irónicamente.

—Es la primera vez, desde que trabajas para mí, que te beso y adoptas una actitud totalmente pasiva.

—Desde hoy, siempre será así.

Ray frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir, Sharon?

—Que podrás besarme y abrazarme siempre que lo desees, como hasta ahora, pero yo no pondré nada de mi parte.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque he decidido serle fiel a Errol.

—¿Errol...? ¿Quién es Errol?

—Mi novio.

Thompson la soltó inmediatamente.

—Nunca me dijiste que tuvieras novio, Sharon...

—Tenía miedo de que, si te lo decía, me despidieses.

—¿Despedirte...?

—Sí, es lo que suelen hacer muchos jefes cuando se enteran de que sus secretarias tienen novio. No les gusta compartirlas con nadie, son así de egoístas.

Ray sonrió.

—Tranquilízate, Sharon. Yo no voy a despedirte.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—¡Eres un cielo, Ray! —dijo la pelirroja, echándole los brazos al cuello.

Quedó pegada a él.

Sus bocas estaban muy cerca la una de la otra.

Thompson se limitó a mirar a su secretaria.

—¿No vas a besarme, Ray? —murmuró ella, un tanto desilusionada.

—¿No acabas de decir que quieres serle fiel a Errol...?

La pelirroja sonrió maliciosamente.

—Si yo no colaboro en el beso, no dejo de serle Sel...

—¿Estás segura?

—Claro. Por eso dije antes que tú podrás besarme y acariciarme como hasta ahora, porque eres mi jefe, y tienes derecho. Como yo no pondré nada de mi parte, mi conciencia estará tranquila.

—La tuya, tal vez, pero la mía...

—Caramba, si lo sé, no te lo digo.

—¿El qué?

—Que tengo novio.

—¿Tú deseas que te bese, Sharon?

—¿No ves que sí?

—Entonces, repite conmigo: «A la porra Errol».

—A la porra Errol —repitió ella, sin pensárselo dos veces.

—Así mi conciencia también queda tranquila —sonrió el

investigador, y besó con ganas a su secretaria, al tiempo que la abrazaba con fuerza.

La pelirroja sólo pudo resistir cinco segundos en actitud pasiva. Después, pasó a la activa.

Volvía a ser la Sharon Grassle de siempre.

Pura dinamita.

Un volcán en erupción.

La bomba atómica.

El investigador y su secretaria hubieran acabado tendidos en el sofá del despacho, como en muchas otras ocasiones, de no haber ocurrido lo que ocurrió.

Y lo que ocurrió fue que alguien emitió una tosecita.

Ray Thompson y Sharon Grassle se separaron bruscamente y volvieron la cabeza hacia la puerta, que la pelirroja había dejado abierta cuando entró con la factura.

El investigador dio un respingo al descubrir en el umbral del despacho a la joven rubia que poco antes estacionara su flamante «Alfa Romeo Montreal» frente al edificio.

Ella los miraba con ironía, especialmente a él.

—¿Señor Thompson? —inquirió la muchacha.

Ray carraspeó.

—Sí, yo soy.

—¿Por dónde entró usted? —preguntó Sharon Grassle, extrañada.

—Por la puerta, naturalmente —respondió la joven, sonriendo.

—La puerta estaba cerrada...

—No, solamente entornada. Por eso me permití entrar sin pulsar el timbre.

—Ya.

—¿Qué es lo que desea, señorita? —preguntó Ray.

—Contratar sus servicios, señor Thompson.

—¡Ah, muy bien! —sonrió el investigador—. Tenga la bondad de pasar, señorita.

La joven entró en el despacho.

Ray hizo una indicación a su secretaria y ésta abandonó rápidamente el despacho, cerrando la puerta.

—Siéntese, señorita —indicó Thompson, señalando la silla que había delante de su mesa.

—Gracias —sonrió la joven rubia, sentándose en ella.

Puso una pierna sobre la otra... y las mostró las dos generosamente.

Ray les dio una ojeada, aunque bastante más fugaz de lo que él hubiera deseado. De todos modos, fue suficiente para corroborar la impresión que sacó a través del cristal de la ventana: que eran de una perfección absoluta.

Ray cogió su cajetilla de emboquillados y se la acercó a la joven.

—¿Un cigarrillo?

—Sí, gracias —aceptó ella.

Cuando lo tuvo en los labios, finos, de perfecto trazo, Ray accionó el encendedor de mesa y aproximó la rojiza llama a la punta del cigarrillo.

La joven lo encendió, aspiró el humo, y luego lo expulsó lentamente por los orificios de la nariz, pequeña y graciosa.

Ray Thompson dejó el encendedor sobre la mesa, pasó al otro lado de la misma y se sentó en su sillón.

Miró a su bella cliente.

—La vi descender del coche, señorita.

—¿Ah, sí?

—Me encontraba casualmente mirando por la ventana.

—Entiendo.

—Tiene usted un automóvil precioso.

—Me lo regaló mi padre, hace apenas unos meses.

—Debe de ser un hombre muy rico.

—Sí, bastante.

—Me alegro.

La joven inhaló nuevamente el humo del cigarrillo, lo devolvió, esta vez por la boca, cuyos labios redondeó, y luego observó:

—Todavía no le he dicho mi nombre, señor Thompson...

Ray sonrió.

—No, no me lo ha dicho.

—Y debo empezar por ahí, ¿verdad?

—Es lo corriente, claro.

La joven bajó la mirada y la posó sobre el ejemplar de *El Correo de Los Angeles*, en cuya primera página se daba cuenta del atraco llevado a cabo, la noche anterior, en casa del propietario de la cadena de almacenes Axley.

Levantó los ojos nuevamente y preguntó:

—¿Ha leído lo del atraco de anoche en la fiesta que daba Terence Axley, señor Thompson?

—Sí, lo he leído.

—¿Y qué opina del asunto?

—Que es muy interesante.

—¿Le gustaría que alguien le contratase para descubrir a los miembros del por ellos denominado el Club de la Metralleta, y recuperar el valioso botín que se llevaron?

—¡Oh, sí, desde luego! No sería fácil, y sí muy peligroso, pero a mí me encanta superar dificultades y vencer peligros, lo confieso.

—Pues ya está contratado.

—¿Eh?

—Soy Donna Axley, la hija de Terence Axley, el más perjudicado en el atraco de anoche.

CAPÍTULO III

—¡Caramba, qué sorpresa! —exclamó Ray Thompson—. La hija de Terence Axley en persona...

—Sí, en carne y hueso —dijo Donna Axley, riendo.

—Más carne que hueso... —murmuró el investigador, lijándose por un momento en el erguido busto de la joven, perfectamente señalado por el fino suéter de punto y manga corta que ceñía el torso de Donna.

Ella dejó de reír.

—¿Está insinuando que me sobra algún kilo, señor Thompson? —inquirió, bastante molesta.

—¡Oh, no, por Dios! —respondió nerviosamente Ray—. No tiene usted un gramo de más, eso salta a la vista.

—¿Por qué dijo, entonces...?

Thompson carraspeó embarazosamente.

—Ha sido un piropo, señorita Axley. Disculpe, pero se me escapó. Sé que no debí decir lo que dije, tratándose de una cliente a la que acabo de conocer, y tan distinguida, además... ¿Sabrá perdonarme?

Donna sonrió, halagada.

—No me molesta que me piropeen, señor Thompson; me agrada, como a cualquier mujer. Y si usted dice que fue un piropo...

—Oh, sí, le juro que lo fue.

—Entonces, no tengo nada que perdonarle.

—Gracias, señorita Axley. Es usted muy comprensiva.

—Bien, vayamos al asunto.

—¿Qué asunto?

—El que me ha traído aquí, naturalmente: el atraco de anoche en mi casa.

—Oh, sí, el atraco.

Donna pestañeó.

—No me diga que ya no se acordaba...

—Por supuesto que me acordaba —rió el investigador.

—Pues a mí me dio la impresión de que lo había olvidado.

—Me distraje un poco, eso es todo.

—¿En qué estaba pensando, si puede saberse?

Ray sonrió.

—Disculpe, pero no puedo decírselo.

—¿Por qué no?

—Porque lo más probable es que me diese usted una bofetada y se marchase en busca de otro investigador privado.

Donna Axley también sonrió.

Apuntándole con un dedo, repuso:

—Le prohíbo que piense cosas sobre mí que luego no pueda decirme, señor Thompson.

—Será difícil, pero procuraré complacerla.

—Bien. ¿Cuándo iniciará su investigación?

—En cuanto usted se marche.

La joven rió.

—Qué forma más directa de echarme de su despacho, señor Thompson.

—Por favor, no piense eso. Es un placer conversar con usted, señorita Axley.

—No quiero robarle ni un minuto más —repuso Donna, poniéndose en pie.

Ray se levantó también.

—Espere un momento, señorita Axley.

—Apuesto a que va a invitarme a cenar —dijo ella, sonriendo con coquetería, mientras depositaba el resto del cigarrillo en el cenicero.

Ray pareció sorprenderse.

—¿Aceptaría usted, teniendo en cuenta que sólo soy un simple investigador privado?

—Sólo hay un modo de saberlo.

—Proponérselo, ¿verdad?

—Sí.

—Eso va a ser enseguida. ¿Quiere cenar conmigo esta noche,

señorita Axley?

—Encantada, señor Thompson.

—Magnífico —dijo Ray, sonriendo con amplitud.

—¡Oh, no, espere! —exclamó de pronto Donna, golpeándose la frente con la palma de la mano—. ¡Qué cabeza la mía...! —murmuró, con gesto de contrariedad.

—¿Ocurre algo, señorita Axley?

—Sí, señor Thompson... Olvidé que ya tengo compromiso para esta noche...

—¿Y no puede eludirlo? —sugirió Ray, desilusionado.

—No, lo siento... —respondió ella, apenada.

—Más lo siento yo —suspiró el investigador.

—Si quiere que cenemos juntos mañana...

—Oh, sí, desde luego. ¿A qué hora quiere que pase por su casa?

—Prefiero que nos encontremos en el restaurante

Bruno's,

a las ocho. Es mi restaurante favorito.

—Allí estaré, señorita Axley.

—Donna simplemente, por favor... —rogó la joven—. Es menos ceremonioso.

—Estamos de acuerdo, Donna.

—Hasta mañana, señor Thompson.

—Ray suena mucho mejor, ¿no le parece?

—Desde luego —sonrió ella, ofreciéndole la mano, que el investigador apretó suavemente—. Adiós, Ray.

—Hasta mañana, Donna.

La joven caminó hacia la puerta.

—¡Un momento, Donna! —exclamó Thompson, yendo tras ella.

Donna Axley se detuvo, muy cerca ya de la puerta.

—¿Qué ocurre, Ray?

—Olvidaba algo. Antes, cuando usted creyó que iba a invitarla a cenar, lo que quería era preguntarle por qué vino usted a contratarme, en lugar de su padre. Hubiera sido más lógico, ¿no?

—Sí, supongo que sí —admitió la joven, dando un suspiro—. Pero sucede que mi padre no confía en los investigadores privados...

—Diablos —rió Thompson.

—El solo confía en la policía, y espera que ella descubra a los

miembros del Club de la Metralleta, los atrape, y recupere todo lo que se llevaron anoche.

—Es evidente que usted no piensa como su padre...

—No, y confío más en los servicios de un buen investigador privado. Así se lo dije a Kenyon Dillman, y él...

—¿Quién es Kenyon Dillman? —preguntó Thompson, interrumpiéndola.

—Un joven muy apuesto, que también se encontraba en la fiesta. Está enamorado de mí, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

Donna dio una cabezadita.

—El fue quien me recomendó que viniera a hablar con usted. En su opinión, es el mejor investigador privado de Los Angeles.

—Caramba, dele las gracias de mi parte a Kenyon —sonrió Ray.

—Mi padre no sabe que he venido a contratarle.

—¿Se hubiera opuesto?

—Seguro que sí. Por eso preferí no decirle nada.

—¿Y qué pasará si se entera?

—No se enterará. Al menos, no hasta que usted haya descubierto a los atracadores y recuperado el botín. Y entonces, ya no me importará que lo sepa. Ni a él tampoco que le contratase a usted sin haberle dicho nada.

—Parece usted muy segura de que voy a lograrlo, Donna.

—Lo estoy. Cuando Kenyon dice que es usted el mejor, por algo será.

Ray Thompson carraspeó ligeramente.

—Donna...

—¿Qué?

—¿Corresponde usted a Kenyon?

—¿Quiere decir que si estoy enamorada de él?

—Sí.

—Ni de él ni de nadie. Yo no pienso enamorarme antes de los veinticinco.

—¿Y cuántos tiene ahora?

—Veintiuno cumplí ayer.

—Entonces, todavía han de pasar cuatro.

—Exacto. Cuatro largos y hermosos años para divertirme todo cuanto quiera y con quien quiera, sin preocupaciones ni ataduras de

ningún tipo. Esta noche ceno con Kenyon Dillman, mañana con usted, pasado mañana con otro amigo... ¿No le parece maravilloso, Ray? —Si se lo parece a usted...

—Y a usted también, no lo niegue —dijo Donna, haciéndole un pícaro guiño—. En cuanto entré en su oficina, y oí lo que oí, y vi lo que vi, me di cuenta de que usted piensa como yo.

Thompson tosió, al recordar cómo los sorprendió Donna Axley a él y a su secretaria.

—Bueno, respecto a eso, quiero aclararle que...

—Oh, no, no tiene por qué darme explicaciones, Ray, Su secretaria es una chica que está muy bien, y encuentro lógico que usted y ella... Hace bien en divertirse, ¡qué caramba! Lo que ya no me parece tan bien es lo que hace Sharon, porque teniendo novio, no debería consentir ciertas cosas, por muy jefe suyo que sea usted. Se la está pegando al pobre de Errol, y eso está feo.

Iba a decir algo, cuando llamaron a la puerta discretamente.

—¿Ray? —se oyó decir a Sharon Grassle.

El investigador atrapó el pomo de la puerta y lo hizo girar, abriéndola.

No vio a su secretaria.

Pero sí a un tipo de rostro granítico, elevada estatura y poderosa constitución. El gigantón disparó su maza derecha.

CAPÍTULO IV

Ray Thompson, pillado por sorpresa, no pudo esquivar el enorme puño del individuo, que estalló en su mandíbula con la potencia de un mortero.

El investigador, pese a sus casi noventa kilos de peso, echó a correr hacia atrás, tropezó en su mesa, dio una vuelta de campana y cayó por el otro lado, derribando su sillón giratorio.

El grandullón entró en el despacho.

Lo primero que hizo fue propinar un violento empujón a Donna Axley, que se había quedado con la boca abierta.

La joven dio un grito, mientras reculaba hacia el sofá, donde cayó, quedando con las rodillas rozándole prácticamente la barbilla.

La exhibición de piernas, pues, que se vio obligada a realizar la muchacha, fue de las buenas.

El tipo grandote, sin embargo, no prestó ninguna atención a los espléndidos miembros inferiores de la joven. Se quedó mirando hacia la mesa, esperando que de un momento a otro surgiera detrás de ella el investigador privado.

Tras el fortachón, entró otro individuo no menos corpulento, aunque sí algo más bajo, de rostro durísimo también.

El tipo tenía sujeta a Sharon Grassle por una muñeca.

Cerró la puerta de un taconazo y luego envió a la pelirroja contra el sofá.

La secretaria de Ray Thompson quedó sentada al lado de la asustada Donna Axley, cuyo rostro estaba blanco como el mármol.

Donna seguía con las rodillas casi pegadas a la barbilla.

Sharon, al darse cuenta de la generosa exhibición de remos que estaba realizando la última cliente de Ray Thompson, le puso las manos sobre las rodillas y empujó hacia abajo.

Donna la miró, pero no dijo nada.

La pelirroja sonrió ligeramente y explicó a media voz:

—Ese par de gorilas no han hecho ningún caso a sus bonitas piernas, pero el señor Thompson sí se lo haría, y eso sería fatal para él.

—¿Por qué?

—Porque no puede distraerse lo más mínimo si quiere dar buena cuenta de los matones.

—¿Es que el señor Thompson está en condiciones de dar buena cuenta de alguien? —Pestañeó Donna, que dudaba mucho de que el investigador privado pudiera ponerse en pie, después del impresionante puñetazo que el tipo más alto le había propinado.

—Oh, ya lo creo que sí —aseguró la secretaria, muy tranquila—. Para dejar *K. O.* a Ray Thompson hacen falta muchos más golpes como el que ha recibido. Mire, ya está asomando por detrás de la mesa —indicó, mirando hacia ella.

Donna Axley miró también la mesa.

Agrandó los ojos al ver que, en efecto, el investigador estaba recuperando la vertical.

—Increíble... —musitó.

—El señor Thompson es más duro que el acero —dijo Sharon, orgullosa de su jefe.

Ray Thompson observó fugazmente a las dos jóvenes y luego clavó sus ojos en la pareja de energúmenos.

Los conocía.

El más alto se llamaba Tim Dyson, más conocido por el Blindado, debido a su gran resistencia física. El otro, Fred Claxton, alias *Fred el Quebrantahuesos*, por su gran facilidad para estropear esqueletos.

Los dos tenían la misma profesión: pegar palizas.

Y qué palizas...

Ray Thompson, sin embargo, no exteriorizó temor alguno.

Tras pasarse los dedos por el lugar donde los duros nudillos de Tim *el Blindado* habían entrado en contacto con su mentón, inquirió:

—¿Quién os ha encargado vapulearme, muchachos?

—¿Qué importa eso? —respondió Dyson.

—Siento curiosidad por saberlo.

—Pronto vas a sentir otras cosas, Thompson —masculló Fred *el Quebrantahuesos*, yendo sin prisas hacia el investigador, por el lado derecho de la mesa.

Su compañero lo hizo por el lado izquierdo, lentamente también.

Estaba claro que querían pillar a Ray Thompson en medio, para que le fuera más difícil defenderse.

—¡Lo van a hacer pedazos, Sharon! —gimió Donna Axley.

—Tranquilícese usted —sonrió la pelirroja—. He visto pelear varias veces al señor Thompson, y lo hace como nadie.

—¡Pero es que son dos contra uno! ¡Y cada uno de ellos abulta por tres!

—En una pelea no triunfa el más grandote, señorita, sino el más hábil, y ése es Ray Thompson. No tardará en comprobarlo.

Donna Axley se mordió los puños nerviosamente.

Ray Thompson no se había movido de donde estaba, pero cuando tuvo a los matones cerca, apoyó las palmas de las manos en la mesa, tomó impulso hacia delante y dio una ágil voltereta, cayendo de pie al otro lado.

—¡Maldición, se nos escapa! —gritó Dyson.

—¡Hemos de impedirlo, Tim! —rugió Claxton.

Thompson se volvió hacia ellos, sonriente.

—Tranquilos, muchachos, que no pienso huir por ahora. Necesitaba más espacio para haceros frente, eso es todo. Hale, chicos, podemos empezar cuando queráis.

Tim *el Blindado*, apretó los dientes y se puso en movimiento.

Fred *el Quebrantahuesos*, rezongó una imprecación y fue también hacia el investigador.

Uno por cada lado, como la vez anterior.

Era su táctica, por lo visto.

Ray no permitió que le pillasen en medio.

Antes de que los matones se acercasen demasiado, dio un prodigioso salto hacia Tim Dyson, con la pierna por delante, a lo Bruce Lee.

La suela del zapato del investigador golpeó con fuerza en el pecho del mastodonte.

Tim *el Blindado* lanzó un bramido y cayó de espaldas.

Moraleja: «No existe blindado que resista un patadón bien dado».

Ray Thompson se revolvió como una centella, para hacer frente a Fred *el Quebrantahuesos*.

Claxton quiso estrellarle un puño en la cara.

Ray burló hábilmente el golpe y contraatacó con un tremendo derecho al rostro. La cara de Fred Claxton crujió como un mueble viejo y el matón se vino abajo, emitiendo un quejido.

Sharon Grassle se puso a aplaudir con calor.

—¿Qué le decía yo, señorita? El señor Thompson no tiene rival con los puños. —Ni con los pies...— observó Donna Axley, gratamente sorprendida por la facilidad con que el investigador había enviado al suelo al par de matones.

La secretaria rió.

—Esto no es un combate de boxeo, señorita, y las patadas también valen.

—Me parece muy bien —sonrió Donna.

—¿Cómo se llama usted?

—Donna.

—Aplauda conmigo, Donna. Eso animará al señor Thompson, y sacudirá con más ganas.

—¿Usted cree?

—¡Seguro!

Tim *el Blindado* y Fred *el Quebrantahuesos*, ya se habían incorporado, mascullando palabrotas.

—Qué mal hablados son esos tipos, Sharon —murmuró Donna Axley.

—El señor Thompson los educará a castañazos, no se preocupe —sonrió la secretaria—. ¡Vamos, duro con ellos, Ray! —gritó seguidamente, dando un saltito sobre el sofá. Todavía flotaban en el aire las palabras de aliento de la apetecible pelirroja, cuando Ray Thompson proyectó su puño derecho hacia la quijada de Tim Dyson.

Lo hizo con tanta rapidez, que el matón no tuvo tiempo de apartar la cara.

Peor para él.

Su maxilar inferior produjo un sordo ruido y el tiarrón se vio de nuevo en el suelo.

Otra vez se escucharon los aplausos de Sharon.

—¡Bravo, Ray! ¡Así se pega!

—¡Cuidado...! —chilló Donna Axley, al ver que el otro gorila se disponía a golpear en la nuca al investigador, con el puño cerrado.

Thompson se revolvió en una fracción de segundo.

Vio a Fred Claxton con el puño en alto.

Antes de que el matón lo descargara, le clavó uno de los suyos en el hígado.

Claxton abrió las fauces y bramó como un toro herido, al tiempo que se doblaba hacia delante.

Ray entrelazó las manos y las dejó caer con mucha fuerza sobre la nuca del gorila. Fred *el Quebrantahuesos*, cayó como una res apuntillada, privado totalmente del sentido.

Donna Axley se puso a aplaudir frenéticamente.

—¡Muy bien, Ray! ¡Eso que hace usted es pelear, y lo demás son bobadas!

—¡Qué potencia de pegada, madre! —exclamó, eufórica Sharon Grassle, aplaudiendo también.

Ray Thompson se volvió hacia las chicas y saludó con el brazo en alto, como un torero después de una gran faena en la plaza.

Tim Dyson casi le corta la coleta.

Sí, porque el gorila, aprovechando la momentánea distracción del investigador, se levantó rápidamente del suelo, saltó sobre su espalda como una fiera y le rodeó el cuello con su hercúleo brazo.

Donna y Sharon chillaron a un tiempo, para advertir a Ray Thompson del peligro que le acechaba, pero ya era tarde.

Tim *el Blindado* cerró su brazo en torno al gáznate del investigador y comenzó a apretar.

Ray trató de zafarse de tan peligrosa presa, dejándose caer pero no logró sorprender al matón, que aguantó en pie firme, sin soltarle.

En vista de ello, Ray disparó el codo diestro hacia atrás, buscando el hígado del gorila.

Lo encontró, a juzgar por el aullido de dolor que lanzó Tim Dyson, quien, por un instante, aflojó la presión que su poderoso brazo ejercía sobre el cuello del investigador.

Thompson quiso aprovechar aquel momento para zafarse de la presa del matón, pero éste pareció recuperar súbitamente toda su potencia muscular y su brazo volvió a apretar con la fuerza de un tentáculo de pulpo.

Ray empezó a pensar que no lograría librarse del gorila.

Había tenido una distracción, y la estaba pagando cara, muy cara.

Donna Axley y Sharon Grassle también empezaron a creer que Ray Thompson tendría muchas dificultades para librarse del matón.

Fue la pelirroja la primera en decidir qué debían echar una mano al investigador.

—¡Ayudemos a Ray, Donna! —gritó la secretaria, saltando del sofá.

—¡Sí, debemos hacer algo o ese bestia es capaz de romperle el cuello! —dijo Donna, brincando también del sofá.

Corrieron las dos hacia el gorila.

Le atacaron una por cada lado.

Donna Axley le pegó un puñetazo en el costado.

Como tenía el puño muy menudo, y no demasiada fuerza, como la mayoría de las mujeres, el matón no acusó el golpe lo más mínimo.

Donna comprendió que aquello era como tratar de deslomar a un elefante con una sombrilla.

—¡El tipo está duro como una piedra, Sharon! —dijo, cogiéndose la mano, porque el daño se lo había hecho ella.

La pelirroja, que también había propinado un puñetazo al gorila, con el mismo resultado que Donna Axley, repuso:

—¡Sí, es verdad, Donna! ¡No lograremos nada dándole puñetazos!

—¡Le arañaremos, le morderemos, le daremos puntapiés a las espinillas!

—¡Excelente idea! —aprobó la secretaria, y saltó ágilmente sobre la espalda del matón.

Le cazó la oreja derecha con los dientes y se la mordió con las mismas ganas que mordería una pierna de cordero al horno tras veinticuatro horas de ayuno.

Tim *el Blindado* pegó un chillido.

Inmediatamente pegó otro, porque Donna acababa de clavarle el fino tacón de su zapato en la punta del pie.

Dyson calculó que, por lo menos uno de sus dedos, había sido triturado por el golpe de tacón.

No tuvo más remedio que encoger la pierna, porque el dolor que sentía en el pie era insufrible.

Tampoco era ninguna tontería el que sentía en la oreja, donde continuaban clavados los sanos dientes de Sharon Grassle.

Por si fuera poco, la pelirroja le metió un dedo en el ojo.

Tim Dyson lo cerró en el acto y volvió a bramar.

Donna Axley, al ver al gorila con una pierna encogida, le atizó un tremendo puntapié en la otra, justo sobre la espinilla.

Fue más de lo que podía aguantar Tim *el Blindado*, el cual se vino abajo, arrastrando en su caída a Ray Thompson, cuyo cuello seguía cercado con su brazo, y a Sharon Grassle, que no supo bajarse a tiempo de la espalda del matón.

Los tres se estrellaron contra el suelo.

La secretaria dio un grito, porque se hizo daño en la cadera.

Ray Thompson pudo, por fin, zafarse de la presa del gorila, gracias a la caída. Se apartó rápidamente de él, para no ser atrapado de nuevo.

Tim Dyson, cuyo ojo izquierdo expulsaba unos lagrimones como avellanas, quiso golpear a Sharon, que había quedado muy cerca de él, cogiéndose la magullada cadera, pero Donna lo impidió, arreándole con el bolso en la cara.

El matón relinchó de dolor y empezó a sangrar ligeramente por la nariz.

Donna le arreó otro bolsazo.

Y Ray Thompson, que ya se había puesto en pie, un patadón en la barbilla.

Tim *el Blindado* puso los ojos en blanco y dejó de moverse.

Donna Axley se pasó la mano por la frente, humedecida por el sudor.

—¡Uf!, menos mal que pudimos con él... —resopló.

—¡Ay!, mi pobre cadera... —gimió Sharon Grassle, sentada en el suelo.

Thompson la cogió por debajo de los brazos y la levantó.

—¿Estás bien, Sharon?

—¡Qué voy a estar bien! —Gruñó ella—. ¿Crees tú que si lo estuviese me quejaría?

Debo de tener la cadera rota.

—Sharon, si tuvieras la cadera rota, no podrías sostenerte en pie...

—Bueno, pues astillada.

—Contusionada tan sólo, estoy seguro. Unas friegas de alcohol, y el dolor desaparecerá en pocos minutos.

Los ojos de la secretaria brillaron pícaramente.

—Voy por el frasco, Ray.

El investigador tosió, mirando por un momento a Donna Axley.

—Espera, Sharon. Antes tenemos que reanimar a los matones y obligarles a que confiesen el nombre del tipo que los contrató.

La pelirroja hizo una mueca de asentimiento.

—Si quiere que me ocupe yo de su cadera... —se ofreció Donna.

Sharon sonrió astutamente.

—Gracias, Donna, pero prefiero esperar a que Ray acabe con los gorilas. Es un experto en eso de dar friegas...

Thompson volvió a toser, mientras Donna sonreía con ironía.

—Trae agua, Sharon —indicó el investigador.

—¿Quién tiene sed? —preguntó ella.

—Nadie. Es para despertar a los tipos.

—¡Oh! —rió Sharon—. Enseguida la traigo, Ray.

La secretaria salió del despacho, cojeando ligeramente.

Donna Axley miró a Ray Thompson.

—Conque un experto dando friegas, ¿eh?

—No haga caso, Donna —carraspeó él—. Sharon siempre tiene ganas de broma.

—¿De broma o de fiesta? —repuso ella, maliciosa.

Ray no supo qué responder.

Por fortuna, Sharon regresó con el agua y le salvó del apuro.

Ray tomó la jarra que traía su secretaria y echó parte del agua sobre la cara de Tim *el Blindado* y el resto sobre la de Fred *el Quebrantahuesos*.

Ambos matones se pusieron a toser como mulas, escupiendo agua.

—Ya vuelven en sí —observó Sharon.

—¿Querrán reanudar la pelea? —preguntó Donna.

—No, no están en condiciones de seguir peleando —dijo Ray.

En efecto, no lo estaban.

Ni siquiera tenían fuerzas para incorporarse por sí solos.

Thompson tocó con la punta del zapato el costado de Tim *el Blindado* e interrogó:

—¿Quién os encargó que me dieseis una paliza?

—Vete al infierno, Thompson —masculló Dyson, mirándolo con odio.

El investigador le atizó un punterazo.

Tim Dyson dio un grito y se arrugó en el suelo.

Ray se volvió hacia Fred *el Quebrantahuesos*, que no estaba para quebrar nada.

—El siguiente patadón es para ti, Claxton —advirtió.

El matón le miró con temor.

—No me golpees, Thompson, por favor.

—Pues habla.

Claxton se mojó los labios con la lengua.

—No sabemos el nombre del tipo, Thompson...

Ray echó la pierna hacia atrás.

Fred *el Quebrantahuesos*, se encogió, como si ya hubiese recibido el patadón, y chilló:

—¡Te juro que es cierto, Tompson! Encontramos un sobre en nuestro buzón esta mañana. No llevaba remite. Contenía quinientos dólares y una nota. En ella se decía que debíamos darte una buena paliza y romperte una pierna, para que no pudieras ocuparte de ningún caso en tres o cuatro meses.

Tras unos segundos de silencio, Ray miró a Tim *el Blindado*, que seguía arrugado en el suelo.

—¿Es verdad eso, Dyson? —interrogó.

—Sí, es verdad —gruñó el matón.

—¿Podéis demostrarlo?

Tim Dyson se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo un sobre, que entregó al investigador.

Thompson lo examinó.

Iba a nombre de Dyson y Claxton, y, como los matones habían dicho, no llevaba remite.

De su interior, Ray extrajo doscientos cincuenta dólares y la nota que Claxton había mencionado.

Estaba escrita a máquina, como el sobre.

Después de leerla, Ray miró a Fred *el Quebrantahuesos* e inquirió:

—¿No dijiste quinientos pavos, Claxton?

—Sí.

—Pues aquí sólo hay doscientos cincuenta.

—Los otros doscientos cincuenta los tengo yo.

—Vengan —ordenó Thompson, poniendo la mano.

El matón se los entregó.

Ray puso todo el dinero en el sobre, guardó también la nota, e indicó:

—Ya podéis largaros, muchachos.

—¿Sin el dinero? —exclamó Dyson.

—Lo necesito como prueba. Además, no os lo habéis ganado. Vamos, largo de aquí.

Los matones cambiaron una mirada, como preguntándose si debían obedecer al investigador o lanzarse sobre él y tratar de arrebatarle el dinero.

Como para esto último hacía falta encontrarse en perfectas condiciones físicas, y ellos distaban mucho de estarlo, optaron por lo primero.

Ayudándose mutuamente, consiguieron ponerse en pie.

Cabizbajos, y haciendo muecas de dolor, caminaron hacia la puerta y salieron del despacho.

Ray Thompson los siguió, para asegurarse de que abandonaban la oficina. Después, regresó al despacho, cuya puerta dejó abierta.

—¿Por qué no los entregó a la policía, Ray? —preguntó Donna Axley, desconcertada.

—Ya los entregaré cuando termine con su caso, Donna —respondió el investigador—. Sé dónde encontrar a los tipos. De haberlo hecho ahora, hubiese tenido problemas con la policía.

—¿Tú, Ray...? —se extrañó Sharon Grassle.

Thompson asintió con la cabeza.

—La policía hubiese llegado rápidamente a la misma conclusión que yo: que alguien tiene mucho interés en que no siga adelante con el caso que llevo entre manos. Y éste no es otro que el suyo, Donna.

La joven pestañeó.

—¿El mío...?

—Sí. ¿No recuerda ya que me ha contratado para descubrir a los miembros del Club de la Metralleta, y recuperar el botín que se llevaron anoche de su casa? La policía también estará atareada con lo mismo, y a ellos no les gusta que los investigadores privados metan las narices en sus asuntos. Por eso preferí no entregarles ahora a Dyson y a Claxton. Me hubiera visto obligado a confesarles

que...

Donna Axley movió la cabeza.

—Ray, usted se equivoca...

—¿En qué?

—Al pensar que alguien quiere apartarle de mi caso. Y la razón es muy sencilla: nadie sabe que yo he venido a contratarle.

—¿Olvida a su enamorado?

—¿Se refiere usted a Kenyon Dillman? —preguntó Donna, sorprendida.

—Sí. El sí sabía que usted iba a contratarme. Es más, él fue quien le aconsejó que hablase conmigo.

La joven abrió mucho los ojos.

—¿Está usted insinuando que Kenyon puede tener algo que ver en...?

Thompson volvió a sonreír.

—Todavía es pronto para sospechar de nadie, Donna. De lo que no me cabe duda es de que hay alguien que no desea que busque a los del Club de la Metralleta. Si tuviera algún otro caso entre manos, aún dudaría, pero como no lo hay...

Donna Axley quedó pensativa.

Sharon Grassle se dejó oír:

—¿Puedo ir ya por el frasco de alcohol, Ray? Thompson miró a Donna y carraspeó.

—Luego, Sharon, luego.

—Si lo dice por mí, Ray, no se preocupe, ya me iba —dijo Donna, sonriendo con ironía.

Thompson tosió.

—Oh, no, yo...

—Felices friegas, Sharon —deseó Donna, mirando a la secretaria.

—Gracias —respondió la pelirroja.

Donna Axley salió del despacho.

Segundos después, se escuchaba un portazo.

—Tengo la sensación de que a Donna no le ha hecho mucha gracia lo de las friegas, Ray —observó la pelirroja.

—No, ninguna —repuso Thompson, sonriendo.

—No se habrá enamorado de ti, ¿verdad?

—Oh, no, seguro que no —rió el investigador—. Aún le faltan

cuatro años para eso.

—¿Para enamorarse de ti? —Parpadeó Sharon.

—De mí o de quien sea.

—No te entiendo, Ray, palabra.

—Te lo explicaré mientras te doy las friegas.

—¡Vale! —exclamó la secretaria, riendo.

CAPÍTULO V

Jenny, la doncella de los Axley, asomó por la puerta del *living*.

—Señor Axley...

Terence Axley, que estaba sentado en una butaca, levantó los ojos del periódico que tenía en las manos y miró a la sirvienta.

—¿Sí, Jenny?

—El señor Dillman acaba de llegar.

—Hazlo pasar aquí.

—Sí, señor.

La doncella regresó al vestíbulo, donde esperaba Kenyon Dillman.

El apuesto rubio, al verla aparecer, clavó sus ojos en ella, observándola descaradamente.

La doncella, que poseía una bonita figura y un rostro bastante atractivo, se sintió halagada por aquella significativa mirada y acentuó ligeramente el movimiento de sus caderas.

Cuando estuvo delante del rubio, comunicó:

—El señor Axley le ruega que pase al *living*, señor Dillman.

El rubio la atrapó por la cintura con un hábil movimiento de tenaza y repuso:

—Prefiero quedarme aquí, contigo.

—¿Cómo dice? —Pestañeó ella, sorprendida.

—Esta noche estás preciosa, Jenny.

La doncella apoyó las manos en el pecho de Kenyon Dillman y le empujó, aunque no con demasiada fuerza.

—Suélteme, señor Dillman.

El rubio, en lugar de soltarla, la apretujó más.

—¿No estás a gusto entre mis brazos, Jenny? —preguntó, sonriendo presuntuosamente.

—No.

—Embustera.

—Suélteme o gritaré —amenazó ella.

Kenyon chascó la lengua.

—No, no lo harás. En primer lugar, porque no es cierto que te disguste que te abrace. Y después porque si tú gritases, y dijese que yo me estaba propasando contigo, yo diría que fue porque tú me incitaste, balanceándote más de lo debido al caminar. ¿Y sabes qué pasaría entonces? Yo te lo diré, preciosa: que el señor Axley te pondría de patitas en la calle. ¿Verdad que no te gustaría eso, Jenny?

La doncella dejó de forcejear.

—No, no me gustaría —murmuró.

—Dame un beso de los buenos y te suelto enseguida.

La doncella vaciló unos instantes.

Finalmente, besó al rubio.

Kenyon también la besó a ella, con mucha fuerza.

Después, como había prometido, la soltó.

—¿Te ha gustado mi forma de besar, Jenny? —preguntó, sonriendo.

—El señor Axley le espera, señor Dillman —fue la respuesta de la doncella, por cuya expresión no se podía saber si estaba contenta o molesta por lo sucedido.

—Voy para allí, nena —dijo Kenyon, pellizcándole suavemente la mejilla.

Seguidamente, se encaminó hacia el *living*.

Entró en él.

—Buenas noches, señor Axley.

—Hola, Kenyon —sonrió Terence Axley, levantándose de la butaca, sobre cuyo asiento dejó el periódico que había estado leyendo.

El rubio le tendió la diestra.

Axley se la estrechó, mientras se quitaba las gafas.

—¿Quieres tomar algo, Kenyon?

—Un martini, como usted.

—Llamaré a Jenny —dijo Terence Axley, atrapando la campanilla dorada que descansaba sobre la mesa de té.

—No se moleste, señor Axley. Yo mismo me lo serviré.

—Como quieras.

Kenyon Dillman se acercó al mueble bar.

—Donna ya lleva un buen rato arriba, arreglándose —dijo Terence Axley—. No creo que tarde en bajar.

—No hay prisa, señor Axley —repuso el rubio.

—¿Vais a cenar en el

Bruno's?

—preguntó Axley, cogiendo el periódico y sentándose de nuevo en la butaca.

—Seguro —rió Dillman—. A su hija no hay quien la lleve a otro sitio. A veces me pregunto si no será que se ha enamorado del *maitre*, o de alguno de los camareros.

Terence Axley también rió.

—Sí, es verdad. Donna está loca con ese restaurante.

Kenyon, que ya se había preparado el martini, se acercó a la otra butaca y sentóse en ella.

—¿Sabe si la policía ha averiguado ya alguna cosa sobre el atraco de anoche, señor Axley?

—No, no sé nada.

—¿Cree usted que lograrán dar con los del Club de la Metralleta?

—Espero que sí. Lo deseo tanto por mí como por los invitados que asistieron a la fiesta. Lamento mucho que sucediera precisamente en mi casa. Me siento un poco culpable.

—¿Culpable usted?

—Sí, no puedo remediarlo.

—Usted no tiene culpa alguna, señor Axley. Ocurrió en su casa, como pudo haber ocurrido en la de cualquiera de los invitados.

—Eso mismo vengo repitiéndole yo desde esta mañana —dijo Donna Axley, entrando en el *living*.

—Donna... —murmuró Kenyon Dillman, poniéndose en pie. Ella le sonrió.

—Hola, Kenyon.

Terence Axley también se levantó.

—¿No es cierto que tengo la hija más bonita del mundo, Kenyon? —dijo, orgulloso.

—Seguro —sonrió el rubio, observando con admiración a la joven.

Donna lucía un precioso vestido negro, brillante, de finísimos tirantes y escote en forma de V. También era bastante atrevido el corte frontal del vestido, pues le permitía mostrar las piernas hasta más arriba de las rodillas. Sobre los hombros llevaba un chal blanco.

—Qué par de aduladores —dijo ella, riendo.

—Dame un beso, hija —pidió Terence Axley.

—Le pondrás los dientes largos a Kenyon —bromeó Donna.

—¡Que se chince! —exclamó su padre.

Donna le besó y luego miró a Kenyon Dillman.

—Podemos irnos cuando quieras, Kenyon.

—Ahora mismo.

El rubio apuró su martini, dejó la copa sobre la mesa ratona, y tomó por el codo a la joven.

—Buenas noches, señor Axley.

—Adiós, suertudo —dijo Terence Axley.

—Hasta luego, papá —sonrió Donna.

—Que os divirtáis, hija.

Kenyon y Donna abandonaron el *living*.

Poco después salían de la casa.

Delante de ella estaba el coche del rubio, un «Ford Elite», precioso *coupé* de dos puertas y cuatro plazas, color marrón claro.

Subieron a él.

Kenyon accionó la llave de contacto y el automóvil arrancó suavemente.

—

¿Al Bruno's?

—preguntó.

—¡Claro!

Dillman rió.

—Acabo de hacer una pregunta tonta, ¿verdad?

—Me temo que sí —rió también la joven.

—Estaba deseando verte, Donna.

—¿Sí?

—Además de por lo que tú ya sabes, para enterarme de cómo había ido tu entrevista con Ray Thompson.

Donna sonrió al recordar todo lo sucedido aquella mañana en la oficina del investigador.

—Un poco accidentada —respondió.

Dillman frunció el entrecejo.

—¿Accidentada? ¿Por qué dices eso? ¿Qué fue lo que sucedió?

Donna miró fijamente al rubio.

—Antes de explicártelo quiero hacerte una pregunta, Kenyon.

—Adelante.

—¿Le dijiste anoche a alguien que yo iba a contratar esta mañana a Ray Thompson?

—No, a nadie.

—¿Estás seguro?

—Completamente. ¿Cómo iba a mencionarlo, sabiendo que tu padre no quiere saber nada de los investigadores privados?

—Pues alguien se enteró, Kenyon.

—Eso no es posible, Donna.

—Te digo que sí. Cómo, no lo sé; pero estoy segura de que se enteró.

—¿Por qué piensas eso?

—Cuando me disponía a abandonar el despacho de Ray Thompson, dos gorilas irrumpieron en él, con el propósito de darle una paliza al investigador y quebrarle una pierna después, para dejarlo inútil durante unos meses. Menos mal que Thompson sabe defenderse, y los golpes los recibieron los matones.

—¿Y qué tiene eso que ver con...?

—Thompson piensa que la persona que contrató a los tipos tiene mucho interés en que no se ocupe de mi caso. O lo que es lo mismo: que no busque a los del Club de la Metralleta.

—Eso es absurdo, Donna. Sólo yo sabía que ibas a contratar a Ray Thompson, y te repito que no se lo dije a nadie.

—Puede que alguien escuchase nuestra conversación.

—¿Te refieres a alguno de los invitados?

—Sí, claro.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Donna?

—Sí.

—¿Y de verdad crees que alguno de los asistentes a la fiesta pueda estar de acuerdo con los del Club de la Metralleta?

—Me cuesta admitirlo, Kenyon, pero sólo así se explica lo sucedido esta mañana.

Dillman sacudió la cabeza.

—Yo no lo creo, Donna. En cuanto a lo sucedido esta mañana, hay otra explicación más lógica.

—¿Cuál?

—Ray Thompson es el mejor investigador privado de Los Angeles, y no soy yo el único que lo sabe. Los del Club de la Metralleta, por ejemplo, también deben saberlo. Es lógico que se sientan más tranquilos sabiendo que Thompson no puede crearles dificultades.

Los ojos de Donna Axley se agrandaron.

—¿Quieres decir que fueron ellos los que contrataron a los gorilas?

—Apostaría a que sí, Donna. Ya debían contar con que alguno de los atracados recurriera a Ray Thompson, y decidieron inutilizarlo por unos meses.

—Es posible que tengas razón, Kenyon.

—Seguro.

Poco después, Kenyon Dillman detenía el «Ford Elite» frente al Bruno's.

El y Donna descendieron del vehículo y entraron en el restaurante.

Apenas lo hubieron hecho, la joven se quedó clavada, con los ojos fijos en una de las mesas.

Sentado ante ella se encontraba Ray Thompson.

El investigador no estaba solo.

Estaba acompañado.

Y muy bien acompañado, por cierto...

CAPÍTULO VI

—¿Ocurre algo, Donna? —preguntó Kenyon Dillman, extrañado.

—Mira hacia donde estoy mirando yo, Kenyon —indicó ella.
El rubio lo hizo.

—¿Qué ves? —preguntó Donna.

—Una pareja tomando un aperitivo.

—¿Y quién es él?

—No lo sé, no lo conozco. Tampoco la conozco a ella, pero confieso que no me importaría conocerla. Es una morena impresionante.

—Debería darte un puntapié a la espinilla.

—¿Por qué?

—Por elogiar el físico de otra mujer en mi presencia.

Dillman carraspeó.

—Disculpa, Donna. Lo dije sin pensar.

Ella sonrió.

—Está bien, disculpado.

—Gracias.

—¿De veras no sabes quién es el tipo que está con esa belleza de cabello negro?

—No.

—Me sorprende, porque es Ray Thompson.

El rubio respingó.

—¿El investigador? —Sí.

—Caramba, qué casualidad... Con las ganas que tenía yo de conocerlo personalmente...

¿Qué esperas para presentármelo, Donna?

—Tú lo que quieres es trabar amistad con la morena, confíésalo.

—Olvida lo que dije antes, por favor.

—Está bien, vamos.

Kenyon y Donna caminaron hacia la mesa que compartían el investigador y su bella acompañante.

Antes de que llegasen a ella, Ray Thompson ladeó la cabeza y los descubrió.

Inmediatamente se levantó de la silla.

Kenyon y Donna se detuvieron ante la mesa.

—Buenas noches, Ray —saludó la joven.

—Qué sorpresa tan agradable, Donna —respondió el investigador, sonriendo.

—No sea embustero.

—¿Cómo?

—Usted sabía que yo vendría aquí esta noche, así que no es ninguna sorpresa.

Thompson carraspeó levemente y cambió hábilmente de conversación.

—Permítame que le presente a una amiga. Se llama Sylvia, Sylvia Farrow. Sylvia, ésta es Donna Axley, una cliente.

La seductora morena, que continuaba sentada, miró a la joven rubia y sonrió cortésmente.

—Hola, Donna.

—¿Qué tal, Sylvia?

Donna volvió a mirar al investigador.

—Kenyon sentía enormes deseos de conocerle personalmente, Ray.

—¿De veras? —repuso Thompson, observando al rubio.

—De veras —confirmó Dillman.

El investigador le ofreció la diestra.

—Es un placer, Kenyon.

—He oído hablar mucho y bien de usted, Thompson —repuso el rubio, estrechándole la mano.

—Es usted muy amable, Kenyon.

Dillman y Sylvia Farrow cambiaron un saludo.

Después, Ray Thompson sugirió:

—¿Por qué no comparten nuestra mesa?

—Por mí, encantado —aceptó el rubio—. Si Donna no tiene inconveniente...

—Ninguno —respondió ella.

—Magnífico —exclamó Thompson, acercando una silla a Donna Axley.

—Gracias —sonrió la joven sentándose en ella.

Dillman ocupó otra y encargó un par de martinis, que era lo que estaban tomando el investigador y la morena.

Ray Thompson, que había vuelto a sentarse en la suya, miró al rubio y dijo:

—Gracias por aconsejar a Donna que contratase mis servicios, Kenyon.

—Tenía la obligación de hacerlo, Thompson, porque si alguien es capaz de dar con los del Club de la Metralleta, y recuperar el botín, ése es usted —respondió Dillman.

—¿Se lo aconsejó a alguien más?

—¿Que contratase sus servicios?

—Sí.

—No, a nadie más. ¿Por qué lo pregunta, Thompson?

—¿No le ha hablado Donna de lo sucedido esta mañana en mi despacho?

—¿Se refiere a los dos matones que fueron contratados por alguien para darle una paliza y quebrarle una pierna?

—Sí.

Dillman dio una cabezada.

—Sí, me lo ha contado. Y ya le he dicho a ella lo que pienso al respecto.

—¿Qué es lo que piensa, Kenyon?

El rubio se lo dijo.

Thompson se acarició el mentón, sin hacer ningún comentario.

—Puede que Kenyon esté en lo cierto, ¿no le parece, Ray? —intervino Donna.

—Sí, tal vez —asintió el investigador.

—No le quepa duda, Thompson —dijo Dillman—. Usted es un peligro para esa banda de atracadores, y ellos lo saben. No quisiera causarle preocupaciones, pero apuesto a que recurren de nuevo a otro par de matones con el mismo fin: mandarlo a usted a un hospital.

Thompson sonrió.

—Estaré alerta, por si acaso.

Un camarero llegó con los dos martinis y depositó las copas

sobre la mesa.

Kenyon tomó la suya y se la acercó a los labios.

Donna hizo lo propio.

Mientras ingería un pequeño sorbito, miró a Sylvia Farrow.

La morena, que no había abierto la boca desde que cambiara un saludo con Dillman, jugueteaba con la aceituna de su martini, con un asomo de aburrimiento en la mirada.

Donna supo adivinar que a la amiga del investigador no le había complacido demasiado que ella y Kenyon compartiesen la mesa con ellos, pese a que la morena se esforzaba por disimularlo.

Era lógico que no le hubiese sentado bien.

Tampoco a ella le hubiese gustado, de encontrarse en el sitio de Sylvia Farrow.

Y eso iba a ser precisamente dentro de veinticuatro horas.

Sí, a la noche siguiente, ella y Ray Thompson cenarían juntos allí, en el

Bruno's,

solos, y como alguien osase trincar su intimidad...

Donna se vio obligada a interrumpir sus pensamientos, porque una voz, que ella reconoció al instante, ordenó:

—¡Todo el mundo quieto! ¡Si alguien se atreve a moverse, le llenamos el buche de plomo!

Todos, clientes y empleados, volvieron los ojos hacia la puerta del local, porque de allí procedía la voz. Cinco hombres habían entrado en el

Bruno's.

Vestían totalmente de negro, se cubrían el rostro con sendos capuchones de lana y portaban metralletas.

—¡Los del Club de la Metralleta! —gimió Donna Axley, empalideciendo.

CAPÍTULO VII

Dos de los encapuchados se quedaron junto a la puerta del Bruno's.

Los otros tres se adentraron rápidamente en el restaurante, abriéndose en abanico, para cubrir mejor el local.

El que llevaba la bolsa de piel colgada a la espalda fue directamente hacia la caja registradora.

El empleado que estaba a cargo de ella, un tipo alto, muy delgado, de mediana edad, retrocedió un paso instintivamente.

—No tengas miedo, fideo —dijo el atracador, parándose delante del pequeño mostrador—. Si haces lo que te digo, no te pasará nada. Vamos, abre la caja y pon todo el dinero en esta bolsa —indicó, dejándola sobre el mostrador.

El empleado, pálido como un muerto, dio un paso hacia adelante y abrió la caja registradora.

Había bastante dinero en el cajón.

También había otra cosa.

Una pistola.

Calibre 38.

Presta para ser usada.

Estaba en el fondo del cajón.

El atracador no podía verla desde el otro lado del mostrador.

Pero debió olería, porque dijo:

—Si estás pensando en empuñar el arma que tienes en el fondo del cajón, será mejor que lo olvides, fideo. ¿Qué puede hacer una pistola contra cinco metralletas? Nada, absolutamente nada. Caerías cosido a balazos mucho antes de que consiguieras apretar el gatillo.

El empleado se estremeció visiblemente.

—Venga la pasta, fideo. ¡Rápido!

—Sí, sí, señor... —respondió nerviosamente el empleado, y empezó a poner el dinero en la bolsa.

Una pareja, cincuentones ambos, entró en el restaurante.

Los dos encapuchados que permanecían junto a la puerta les apuntaron rápidamente con sus metralletas y uno de ellos ordenó:

—Caminen hacia la pared de la derecha y quédense quietos allí. ¡Deprisa!

La mujer, muy gruesa, puso los ojos bizcos y empezó a tambalearse como un barco a la deriva.

—¡Creo que voy a desmayarme, Charles! —advirtió, haciendo gallos con la voz.

—¡No, Martha, resiste! —suplicó el hombre, rodeando la tonelesca cintura de su esposa.

Era corto de estatura y no pesaría más de cincuenta kilos.

Y para sostener a una mujer como la suya, había que pesar más, mucho más. —¡Me caigo, Charles!— anunció la gorda.

—¡Martha! ¡Que alguien me ayude, por favor! —rogó el hombrecillo, esforzándose al máximo para evitar lo que parecía inevitable: que su esposa se desplomara en el suelo.

En vista de que ninguno de los empleados del restaurante se decidía a acudir en ayuda del llamado Charles, Ray Thompson se puso en pie e hizo ademán de caminar hacia la desigual pareja.

—¡Quieto ahí! —ordenó uno de los enmascarados que se habían adentrado en el local, encañonándole con su metralleta.

El investigador se quedó junto a la mesa y miró al sujeto que le apuntaba.

—Alguien debe echar una mano a ese pobre señor, ¿no creen?

—Vuelva a sentarse.

—Deja que el caballero ayude al pigmeo a cargar con la ballena —terció el sujeto que estaba junto a la caja registradora.

—Ya lo ha oído —gruñó el fulano que encañonaba al investigador.

Thompson corrió hacia el hombrecillo, porque éste ya no podía sostener por más tiempo a su esposa.

Desgraciadamente, la gordinflona se desplomó antes de que el investigador pudiera echar una mano al tipo menudo, arrastrando a éste en su caída.

El hombrecillo dio un chillido, porque su voluminosa esposa

quedó sobre él, aplastándole con sus ciento y pico de kilos.

—¡Socorro! —gritó, sintiendo que las costillas le oprimían la víscera cardíaca.

El encapuchado que estaba junto a la caja registradora empezó a reír, siendo imitado por sus compañeros.

También algunos clientes del Bruno's

sintieron deseos de reír, porque la escena resultaba hartó cómica, pero no lo hicieron.

Los cinco enmascarados vestidos de negro, con sus respectivas metralletas, imponían demasiado respeto como para olvidarse de ellos siquiera por un instante.

Ray Thompson ya estaba junto al hombrecillo y su esposa, la cual le quitó de encima, cogiéndola por debajo de los brazos.

El tipo menudo pudo entonces respirar normalmente.

—Gracias, muchas gracias —dijo, con el rostro congestionado todavía.

—¿Es su esposa? —preguntó Thompson.

—Sí.

—Si me ayuda, la sentaremos en una silla.

—¡Tendrá que ser en dos! —exclamó el tipo que vigilaba al encargado de la caja registradora, y seguidamente lanzó una ruidosa carcajada, que fue coreada por sus compinches.

El hombrecillo enrojeció.

—No haga caso —dijo Thompson—. Vamos, écheme una mano.

Entre los dos consiguieron sentar a la rolliza Martha en una silla.

—Usted, vuelva a su sitio —ordenó el tipo que encañonaba al investigador.

Ray Thompson obedeció, mientras el hombrecillo trataba de reanimar a su mofletuda esposa.

Donna, Kenyon y Sylvia miraron al investigador, sin despegar los labios.

El encargado de la caja registradora ya había puesto todo el dinero en la bolsa de los atracadores.

—Muy bien, fideo —dijo el encapuchado, cogiendo la bolsa—. Ahora cierra la caja y olvídate por completo de que en ella hay una pistola. Sentiría tener que matarte, porque los flacos me caen simpáticos.

El empleado se apresuró a cerrar el cajón y volvió a retroceder un paso, para dar a entender a los atracadores que no tenía intención de utilizar la pistola.

El tipo de la bolsa de piel se alejó del pequeño mostrador.

En aquel momento, las puertas de vaivén de la cocina se abrieron, dando paso a un camarero que empujaba un carrito repleto de cosas de comer.

Era la cena que había encargado la pareja que ocupaba la mesa número catorce.

El camarero se quedó de una pieza al descubrir a los cinco encapuchados.

El tipo de la bolsa de piel fue hacia él.

—Coge una silla y siéntate —le ordenó.

El camarero se dejó caer en la silla más próxima a él.

—Acércate más al carrito —indicó el enmascarado.

El empleado lo hizo.

—Bien. Ahora, empieza a comer.

—¿A comer? —repitió el camarero, perplejo.

—Sí, eso he dicho. Y no quiero que dejes de mover las mandíbulas hasta que no hayas acabado con todo.

¿Entendido?

—Sí, señor —murmuró el empleado.

Cogió una cuchara y atacó uno de los platos de sopa.

Por suerte para él, llevaba varias horas sin probar bocado, así que no le supuso ningún sacrificio obedecer la orden del enmascarado.

Éste y sus compañeros volvieron a reír.

El individuo de la bolsa de piel se dirigió a los clientes del restaurante.

—Préstense mucha atención todos. Tan pronto como yo deje de hablar, quiero que depositen sobre sus respectivas mesas todo cuanto de valor lleven encima. Dinero, relojes, anillos, pendientes, broches, pulseras... También se admiten pitilleras y encendedores. Si son de oro, naturalmente... Ah, y un consejo: que nadie oculte nada, porque tras la recolecta, escogeré a tres de ustedes al azar y los registraré... Y como hayan tratado de engañarnos, se arrepentirán. Juro que se arrepentirán. Bien, ya he dicho cuanto tenía que decir... Les doy treinta segundos.

Los clientes del

Bruno's

se apresuraron a cumplir las órdenes del jefe del grupo de atracadores, dejando sobre las mesas cuanto llevaban de valor.

Ray Thompson depositó sobre la de ellos su reloj, la cadena de oro que cercaba su muñeca derecha, en la cual estaba grabado su nombre, y todo el dinero que llevaba en la billetera, algo más de doscientos dólares.

Kenyon Dillman llevaba en la suya casi trescientos, los cuales arrojó con rabia sobre la mesa. También se despojó del reloj, del anillo y del pasador que sujetaba su corbata.

Sylvia Farrow, la amiga del investigador, dejó los pendientes, la pulsera y una sortija.

Donna Axley, además de los pendientes, la sortija y los tres aros de oro que lucía en la muñeca izquierda, tuvo que desprenderse del reloj, graciosamente diminuto, de un fino collar, del broche de brillantes que llevaba prendido del vestido y del encendedor de oro que guardaba en el bolso.

Como la noche anterior, resultó la más perjudicada en el atraco.

El tipo de la bolsa de piel empezó la recolecta.

Otra pareja entró en el restaurante.

Los dos atracadores que permanecían junto a la puerta del local los obligaron a caminar hacia la pared de la derecha.

Martha, la señora gorda, recobró por fin el conocimiento, pero al ver que los encapuchados de las metralletas continuaban en el restaurante, volvió a desvanecerse, pese a los esfuerzos de Charles, su marido, por mantenerla despierta.

El camarero que había sido obligado por el jefe de los atracadores a sentarse en una silla, seguía dando buena cuenta de la cena encargada por la pareja que ocupaba la mesa catorce.

El tipo de la bolsa de piel dejó para el final la mesa que ocupaban Ray, Donna, Kenyon y Sylvia.

—A ustedes dos los conozco yo, pollos —dijo el individuo, mirando a Donna y a Kenyon—. Estaban anoche en la fiesta que daba Terence Axley.

Tanto la joven como el rubio continuaron callados.

—Usted, preciosa —siguió hablando el encapuchado—, llevaba un collar de diamantes muy valioso. Cuando nosotros irrumpimos

en el salón, estaba bailando con Terence Axley. Es su padre, ¿verdad?

—No, no lo es —mintió Dillman, anticipándose a la respuesta de Donna.

El atracador miró fijamente al rubio.

—¿Quién es usted? ¿El novio de la chica?

—Eso a usted no le importa.

Los ojos del enmascarado despidieron un centelleo.

—Póngase en pie —ordenó.

—¿Para qué? —inquirió Kenyon.

—Para ver quién es más alto —respondió irónicamente el encapuchado.

El rubio se puso en pie, sin prisas.

En cuanto lo vio erguido, el jefe de los atracadores le golpeó en el estómago con el cañón de su metralleta.

Dillman emitió un grito de dolor y se dobló hacia adelante, cogiéndose el estómago.

—¡Kenyon! —chilló Donna, saltando de su silla.

El encapuchado propinó un segundo golpe al rubio, esta vez en la espalda.

Kenyon Dillman se precipitó de bruces en el suelo, donde quedó encogido.

—¡Cobarde! —gritó Donna, roja de ira.

—Tú a callar, nena —ordenó el atracador—. Le he golpeado porque primero me mintió al decir que tú no eras la hija de Terence Axley, y luego me contestó de mala manera. Ninguna de las dos cosas me gustó.

Donna iba a insultar de nuevo al enmascarado, pero Ray Thompson se levantó de su silla, la cogió suavemente por los hombros, y aconsejó:

—Será mejor que no diga nada más, Donna.

La joven comprendió que el investigador tenía razón, y guardó silencio.

Dillman se incorporó, apoyándose en su silla, y se dejó caer en ella. Seguía oprimiéndose el estómago.

—¿Estás bien, Kenyon? —preguntó Donna.

—Sí, no te preocupes —respondió el rubio, mirando con odio al individuo que le había golpeado.

El encapuchado echó una ojeada a lo que contenía la bolsa de piel.

—No está mal —comentó—. Pero me sabe a poco, comparado con lo que obtuvimos anoche en la fiesta que dio tu papi, preciosa.

—A mí puede registrarme —dijo Thompson, con ironía.

El enmascarado mostró los dientes por la raja del capuchón.

—No es necesario, amigo. Me fío de usted. Y de todos los demás. Estoy seguro de que han dejado sobre las mesas todo cuanto poseían de valor. Por eso no voy a registrar a ninguno de ustedes. Pero me sigue sabiendo a poco lo que hay en la bolsa.

El investigador no dijo nada esta vez.

—Tengo una idea —exclamó de pronto el atracador—. Nos llevaremos a la chica y pediremos un buen rescate por ella.

Donna no pudo contener un respingo.

De nuevo sus mejillas se quedaron sin color.

—¿Está hablando de raptarme? —musitó.

—Sí, preciosidad. ¿Qué os parece la idea, muchachos? —preguntó a sus compañeros, volviéndose hacia ellos.

Ray Thompson decidió que había llegado el momento de entrar en acción.

En una fracción de segundo extrajo el revólver del 38 que llevaba en el bolsillo derecho de la chaqueta, saltó felinamente sobre la espalda del jefe de los atracadores y le cercó el cuello con el brazo izquierdo, al tiempo que apoyaba el cañón del arma en la sien derecha del tipo.

—¡Arrojad las metralletas al suelo o le vuelo la cabeza a vuestro jefe! —amenazó, abarcando con la mirada a los otros cuatro encapuchados.

CAPÍTULO VIII

Sobrevino un largo silencio, lleno de tensión.

Los cuatro enmascarados no se decidían a obedecer la orden del tipo que había sorprendido a su compañero.

—Dejad caer las armas o aprieto el gatillo —amenazó de nuevo Ray Thompson, curvando el dedo índice sobre el disparador.

Uno de los atracadores hizo ademán de arrojar su metralleta.

—¡Quietos! —ordenó el individuo que había sido cazado por el investigador.

El tipo que se disponía a dejar caer la metralleta se detuvo.

—¿No quieres que obedezcamos? —preguntó, extrañado.

—¡Naturalmente que no! —rugió el cabecilla del grupo.

—Si no arrojam las metralletas, el tipo te volará la cabeza.

—¡No, no se atreverá a apretar el gatillo!

—Ya lo creo que sí —intervino Ray Thompson, curvando más el índice diestro—. Si me matas, mis compañeros abrirán fuego contra ti y tus amigos. ¡Caeréis los cuatro acribillados!

Donna Axley y Sylvia Farrow se estremecieron de forma perceptible.

Sin embargo, no dijeron nada.

Tampoco Kenyon Dillman abrió la boca.

Ray Thompson maldijo para sus adentros, pues no había contado con que el cabecilla del grupo de atracadores le amenazase a su vez.

El tipo era inteligente, no cabía duda.

Y tenía agallas.

—Te doy diez segundos para decidirte, amigo —dijo el individuo—. Si para entonces no has arrojado la pistola, ordenaré a mis compañeros que envíen unas cuantas docenas de balas contra el rubio y las dos chicas. Empiezo a contar... Uno..., dos..., tres...

Thompson apretó los dientes.

—Cuatro..., cinco..., seis... —siguió contando el atracador.

El investigador tuvo que admitir que no podía hacer nada por impedir el secuestro de Donna Axley.

—Siete..., ocho..., nueve... y...

—Está bien, vosotros ganáis —rezongó Thompson, tirando su revólver al suelo y soltando el cuello del tipo.

Éste se volvió, frotándose la piel del gaznate, para lo cual tuvo que pasar la mano por debajo del capuchón de lana.

—Tienes mucha fuerza en los brazos, compadre —masculló.

—Hago bastante deporte —repuso Thompson, irónico.

—Sí, ¿eh? ¿Y cuál es tu deporte favorito?

—La natación.

—El mío, el boxeo —dijo el atracador, y dejó ir su puño derecho, alojándolo en la barbilla del investigador.

Ray Thompson no hizo nada por esquivar el puñetazo, y cayó de espaldas al suelo.

—¡Ray! —exclamó Donna Axley, angustiada.

El investigador le sonrió, sentado en el suelo.

—Tranquílcese, Donna —dijo, masajeándose el mentón—. No ha sido nada.

El tipo que le había golpeado se agachó y recogió el revólver, el cual se guardó en el bolsillo del pantalón.

—En pie, amigo —ordenó.

—Soy más alto que tú, si es eso lo que quieres saber —ironizó Thompson.

El enmascarado hizo rechinar sus dientes.

—¡En pie he dicho!

El investigador se incorporó lentamente.

Contrajo los músculos del estómago, por si al encapuchado se le ocurría golpearle allí.

Sin embargo, el tipo se limitó a preguntar:

—¿Eres policía?

—No —respondió Ray.

—¿Cuál es tu profesión?

—Representante artístico.

—¿Desde cuándo los representantes artísticos llevan pistola?

—A mí me gusta llevarla. Cuando uno menos se espera, tiene

necesidad de ella.

Como esta noche, por ejemplo.

—Eres un maldito embustero.

Ray se miró las puntas de los zapatos.

El atracador ordenó:

—Saca tu billetera.

Thompson levantó la cabeza.

—¿Para qué? Dejé sobre la mesa hasta el último dólar que llevaba.

—¡Sácala, vamos!

El investigador dio un suspiro de resignación y se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacando su billetera.

El encapuchado se la arrebató de un zarpazo y la revisó.

Los ojos del tipo se empequeñecieron.

—Ray Thompson, el famoso investigador privado... —murmuró.

—Hombre, gracias por lo de famoso —sonrió Ray.

El atracador levantó la mirada.

Sus labios se distendieron en una sonrisa que no presagiaba nada bueno para el investigador.

—A esto se le llama matar dos pájaros de un tiro. —¿Sí?

—Tim *el Blindado* y Fred *el Quebrantahuesos* fracasaron esta mañana, pues en lugar de darte una paliza a ti, se la diste tú a ellos.

—Los contratasteis vosotros, ¿verdad?

—Claro.

—Lo sospeché inmediatamente.

—Eres un tipo muy listo.

—Regular nada más.

—Bien, tú también vendrás con nosotros.

—¿Vais a darme la paliza personalmente?

—Sí. De ese modo nos ahorraremos la molestia de encargar el trabajito a otro par de matones. Y el dinero que ellos nos cobrarían, claro.

—Muy bien pensado.

—Vamos, ya hemos permanecido demasiado tiempo en este restaurante.

—Mucho más permaneceréis en la cárcel cuando os atrapen.

—¿Quién, la policía?

—Sí.

El tipo rió.

—A nosotros no nos atraparán nunca, Thompson.

—Entre rejas hay docenas de tipos que pensaban como vosotros, pero...

—Basta de charla —le cortó el atracador—. Vamos, camina hacia la puerta. Tú también, rubia.

Ray y Donna se miraron.

—Será mejor que obedezcamos, Donna.

—Sí —musitó ella.

Thompson la tomó del brazo y ambos echaron a andar hacia la salida del restaurante.

El jefe de los atracadores se volvió un instante hacia Kenyon Dillman.

—Dile a Terence Axley que ya tendrá noticias nuestras, rubio.

—No le hagan ningún daño a Donna —rogó Kenyon.

—Descuida, la chica no sufrirá ni un rasguño —prometió el enmascarado—. Siempre y cuando su padre siga al pie de la letra las instrucciones que le demos, naturalmente.

—Las seguiré, no se preocupen.

—Eso espero, por el bien de todos. Chao, rubio... Y tú sigue tan apetecible, guapa —dijo el encapuchado a Sylvia Farrow, a la cual dio un pellizco en la barbilla.

La morena le soltó un zarpazo.

El atracador rió y echó a andar rápidamente en pos de Ray Thompson y Donna Axley, a los cuales alcanzó a un par de metros de la puerta del restaurante.

Entonces levantó la metralleta y propinó con el cañón de la misma un fuerte golpe en la cabeza al investigador.

Thompson emitió un gemido y se derrumbó, privado por completo del sentido.

—¡Ray! —gritó Donna, con los ojos muy abiertos.

—Al coche con él, muchachos —indicó el jefe de los atracadores.

Dos de los encapuchados cargaron con el cuerpo inerte del investigador y lo sacaron del restaurante.

Donna Axley se volvió bruscamente hacia el tipo que daba las órdenes.

—¡Es usted un salvaje!

—Lo siento, preciosa, pero no teníamos más remedio que dejar

inconsciente al investigador. Es un tipo demasiado listo, y aun con los ojos vendados, hubiera sido capaz de saber adónde os llevábamos. Es mejor para él que no tenga ni siquiera una ligera idea de dónde está nuestra guarida, porque si lo descubriera, nos veríamos obligados a matarle.

Donna apretó con rabia sus menudos puños.

—¡Sigo pensando que es usted un salvaje!

El enmascarado sonrió.

—Y yo que eres un bomboncito de chica —dijo, sacando un pañuelo del bolsillo izquierdo de su pantalón.

Dio un paso hacia ella, alargando los brazos.

Donna retrocedió, mostrando las uñas.

—¡Atrévase a tocarme y le pongo la cara perdida!

El atracador sacudió la cabeza pacientemente.

—Muñeca, sólo quiero vendarte los ojos para que no puedas ver adónde os llevamos. Permite que lo haga o me veré obligado a dejarte inconsciente de un puñetazo, y luego te saldría un hematoma muy feo en la barbillita... ¿Verdad que eso no te gustaría, mona?

Donna, tras unos segundos de vacilación, bajó las manos.

Sabía que el tipo era muy capaz de cumplir su amenaza.

Ya había demostrado sobradamente lo bruto que era.

—De acuerdo, dejaré que me cubra los ojos con el pañuelo. Pero como intente propasarse conmigo...

—Descuida, encanto, que eso no sucederá.

El individuo le vendó los ojos, sin rozarla siquiera con las manos, lo cual tranquilizó un poco a la joven.

A una indicación del tipo, uno de sus dos compañeros que todavía permanecían en el interior del restaurante cogió por un brazo a Donna Axley y la sacó del local.

El jefe de los atracadores se dirigió a los clientes y empleados del

Bruno's.

—Que nadie se mueva de donde está hasta pasados unos minutos, si en algo estima su vida.

Hecha esta advertencia, el cabecilla y su compañera abandonaron el restaurante.

Rápidamente subieron a un «Buick» negro, ocupando el asiento

delantero.

En la parte de atrás estaba Donna Axley, vigilada por el tipo que la había sacado del Bruno's.

—Es marcha —indicó el individuo de la bolsa de piel.

Su compañero hizo girar la llave de contacto y un instante después el «Buick» se ponía en movimiento.

Tras el «Buick» negro arrancó un «Plymouth» gris.

Lo conducía uno de los atracadores.

En el asiento de atrás viajaba el otro miembro del Club de la Metrallera, y a sus pies, tirado como un fardo, y con las manos sujetas a la espalda con cinta adhesiva, yacía inconsciente Ray Thompson.

Ambos vehículos se alejaron rápidamente del restaurante.

Los atracadores se despojaron de los capuchones de lana.

Durante casi media hora, el «Buick» y el «Plymouth» estuvieron en movimiento.

Después, se detuvieron.

Ante una casa bastante moderna.

Era la guarida de los miembros del Club de la Metrallera.

CAPÍTULO IX

—Abajo, preciosa —indicó el tipo que estaba sentado al lado de Donna Axley, cogiéndola de un brazo.

La joven descendió del coche.

—Camina —ordenó el mismo individuo, tirando de ella.

Donna trastabilló y estuvo a punto de caerse.

El tipo la sostuvo.

—¿Es que no miras por dónde vas, primor? —preguntó burlonamente, haciendo reír a sus compañeros.

Donna apretó los maxilares, pero no respondió.

El sujeto volvió a tirar de ella, llevándola hacia los cuatro escalones por los que se accedía al porche de la casa.

Entretanto, los dos tipos del «Plymouth» gris habían sacado del mismo a Ray Thompson, que continuaba inconsciente, y lo llevaron también hacia la casa.

El sujeto que conducía a Donna Axley no advirtió a la joven de la proximidad de los escalones.

Lo hizo deliberadamente, para divertirse un poco más a costa de la muchacha.

Donna tropezó con el primero de los escalones y se precipitó sobre ellos, aunque no con demasiada violencia, pues el atracador la sostuvo por el brazo.

La joven dio un gritito.

El tipo rió con fuerza.

—¿Tampoco has visto los escalones, nena?

—¡Váyase al infierno! —estalló Donna, furiosa.

—Vamos, arriba —dijo el sujeto, tirando de la muchacha.

Donna recuperó la vertical.

—Si me das un beso te digo cuántos escalones hay —propuso el

individuo.

—¡El beso se lo dará su abuela!

—Podría besarte si quisiera, encanto.

—¡Inténtelo y le saco los ojos!

El jefe del grupo se dejó oír, autoritario:

—Basta ya.

—¿Qué pasa? ¿No puedo darle un beso a la chica? —Se molestó el tipo que guiaba a Donna.

—No, no puedes. Hemos de respetarla, ya sabes por qué.

—Hombre, por un beso no creo que...

—Podría costarte muy caro si quien tú sabes se enterara.

El sujeto que tenía cogida a Donna por un brazo rezongó algo ininteligible.

—Está bien, no la tocaré —gruñó a continuación—. Vamos, rubia, sube los cuatro escalones.

Donna los subió, con cuidado.

Los dos tipos que habían cargado con Ray Thompson entraban en la casa en aquel momento.

Donna y el sujeto que la conducía entraron también.

Tras caminar unos pasos, la joven fue obligada a subir por una escalera de forma semicircular.

Una vez arriba, el tipo que la guiaba la hizo cruzar una puerta.

Poco antes la habían cruzado los dos sujetos que llevaban a Ray Thompson, al cual dejaron en el suelo de la habitación, boca abajo.

El individuo que tiraba de Donna Axley soltó a la joven y gruñó:

—Pon las manos a la espalda.

—¿Para qué? —preguntó Donna, poniéndose en guardia.

—Voy a atártelas, para que no puedas soltar las del investigador, que también están atadas. Aunque si consiguierais desataros, de nada os serviría. No podrías escapar de ningún modo.

—¿Y cómo sé yo que cuando tenga las manos atadas no...?

—No te preocupes, nadie te tocará. Ya oíste al jefe: hemos de respetarte.

Donna no estaba muy segura de que fuera así, pero se llevó las manos a la espalda. ¿Qué ganaría con resistirse?

Nada.

Se arrojarían sobre ella y la atarían de todos modos.

Estaba totalmente indefensa.

El tipo le sujetó las manos con cinta adhesiva, como al investigador.

A una indicación suya, los otros dos individuos salieron de la habitación, dejando la puerta abierta de par en par.

El tipo que había atado a Donna se puso el capuchón de lana y seguidamente desató el pañuelo que cubría los ojos de la muchacha.

Sin decir nada, abandonó la habitación.

Donna oyó cómo cerraba la puerta con llave. Después, las pisadas del tipo, alejándose.

Donna buscó con la mirada a Ray Thompson.

Lo encontró enseguida, a un par de metros de ella.

—Dios mío... —musitó, acercándose a él.

Se sentó en el suelo, a su lado.

El golpe que en el restaurante le propinara el jefe de los atracadores, con el cañón de su metralleta, le había producido una herida en la cabeza, aunque ya no sangraba.

Donna, totalmente abatida, hundió la barbilla en su pecho y empezó a sollozar.

—¿Por qué llora, Donna?

La joven respingó cómicamente.

—¡Ray! —exclamó, con ojos agrandados.

El investigador le sonrió suavemente.

—No llore, que eso la favorece muy poco.

—Pero yo... yo creí que... —balbuceó Donna.

—¿Que estaba inconsciente?

—Sí.

—Recobré el sentido unos minutos antes de que llegáramos a esta casa, pero fingí que continuaba inconsciente, para evitar que me cubriesen los ojos, como a usted.

Gracias a ello pude saber dónde nos metían, y también verles la cara a los cinco miembros del Club de la Metralleta.

—¡Cielos! Si ellos supieran que...

—Me matarían, ya lo sé. Por eso no pienso decírselo —repuso Thompson, con ironía.

Con algún esfuerzo, consiguió quedar sentado.

—¿Le duele la herida de la cabeza? —preguntó Donna, al ver la serie de muecas que hacía el investigador.

—Un poco, sí.

—Siento no poder curársela. Me han atado las manos, como a usted.

—No se preocupe.

Donna guardó silencio.

Ray dio una ojeada a la habitación.

Había dos camas, una mesita de noche, colocada entre ambas, dos sillas, y una cómoda, con tres cajones.

La habitación sólo tenía una puerta, la que había cerrado con llave el tipo que quiso besar a Donna.

Y una ventana, protegida por una reja muy artística.

Estaba claro que por allí no se podía huir.

Ray se puso en pie, con cierta dificultad.

Donna le miró.

—¿Adónde va?

—A dar una vuelta por los alrededores de la casa. ¿Quiere venir conmigo? Hace una noche magnífica.

—Oh, déjese de bromas, Ray El investigador sonrió.

—Quiero ver si encuentro algo para cortar la cinta adhesiva que nos inmoviliza las manos. En los cajones de la cómoda, tal vez. O en la mesilla de noche.

—Sí, es posible que lo haya.

—Miraré primero en la cómoda.

—Apuesto a que los cajones están cerrados con llave.

—Eso no será problema. Llevo un completo juego de ganzúas en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, pero con las manos atadas a la espalda, ¿cómo espera sacarlas?

—Usted las sacará por mí, si es preciso, y luego me las pondrá en las manos.

—Bien pensado, Ray —dijo Donna, sonriendo, y se levantó también del suelo, con más dificultades que el investigador—. ¡Uf, qué pesado es levantarse así! —resopló, tras el esfuerzo.

—Sí, no es fácil —convino Ray.

—¿En qué bolsillo lleva el juego de ganzúas?

—En el izquierdo.

—Me pondré de espaldas a usted y...

—Espere, Donna. Primero veré si los cajones están cerrados con llave.

—Seguro que lo están. Los del Club de la Metralleta no son tontos.

Thompson se acercó a la cómoda, se puso de espaldas a ella, atrapó una de las asas del cajón superior y tiró de ella.

En contra de lo que Donna Axley esperaba, el cajón se abrió inmediatamente. Pronto comprendieron por qué los tipos no lo habían cerrado con llave.

Estaba vacío.

También el segundo.

Y el tercero.

Y la mesilla de noche.

No había nada en la habitación, pues que les sirviera para cortar la cinta adhesiva que sujetaba sus manos.

Donna se dejó caer en una de las camas, desalentada.

—Qué desilusión, ¿verdad, Ray?

—Sí, desde luego —suspiró Thompson, sentándose al lado de la joven—. Aunque yo casi me alegro de que la cómoda y la mesilla de noche estén vacías.

Donna puso cara de sorpresa.

—¿Que se alegra? —repitió.

—Sí, porque ello confirma lo que yo ya sospechaba.

—¿Y qué es lo que usted ya sospechaba, Ray?

—Que el principal objetivo de los del Club de la Metralleta no era atracar el

Bruno's,

sino secuestrarla a usted.

La joven desorbitó los ojos.

—¿Quiere decir que ellos sabían que yo estaría allí esta noche?

Thompson asintió con la cabeza.

—Sí, Donna, lo sabían. Lo de atracar el restaurante no fue más que un complemento. Para disimular, tal vez. Ellos fueron por usted. Por eso dejaron nuestra mesa para el final. Un plan muy astuto, debo reconocerlo.

Donna cerró los ojos con fuerza, terriblemente confusa.

—No entiendo nada, Ray. Si los del Club de la Metralleta tenían intención de secuestrarme, ¿por qué no lo hicieron anoche, cuando irrumpieron en la fiesta?

Nadie hubiera podido impedir que me llevaran con ellos.

Thompson esbozó una sonrisa.

—Al jefe de la pandilla no le interesaba secuestrarla a usted anoche, tenía otros planes.

—¿Se refiere usted al tipo de la bolsa de piel, el que da las órdenes?

—No, ése no es el auténtico jefe de la banda, Donna. Ese tipo se limita a cumplir al pie de la letra las instrucciones que recibe del hombre que lo planea todo, el cerebro del grupo, el fundador del Club de la Metralleta... Donna pestañeó, cada vez más confundida.

—¿Cómo sabe que hay otro tipo por encima de ellos?

—Entre otras cosas, por lo que dijo el tipo de la bolsa de piel al sujeto que sentía deseos de besarla a usted. ¿No lo recuerda?

—No, lo siento. Estaba tan nerviosa y tan asustada...

—Dijo exactamente esto: «Podría costarte muy caro si quien tú sabes se enterara». Fue suficiente para que el tipo desistiera de besarla, por temor al castigo que sin duda le impondría el hombre que dirige la banda.

Éste les ordenó que la respetasen a usted en todo momento. ¿Y sabe por qué?

Donna sacudió la cabeza.

—No, yo no sé nada, Ray. Dígamelo usted, que parece saberlo todo.

—Porque el cerebro de la banda está enamorado de usted.

La joven abrió la boca de par en par.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Thompson sonrió.

—Que el fundador del Club de la Metralleta está enamorado de usted.

—¿Sin conocerme?

—La conoce, Donna, la conoce. Y usted también lo conoce a él.

Donna Axley volvió a cerrar los ojos con fuerza.

—¡Mi cabeza va a estallar, Ray!

—Es lógico que usted no vea las cosas tan claras como yo.

—¡El nombre del jefe de la banda, Ray, pronto!

—Agárrese a la cama, Donna.

—¿Cómo voy a agarrarme, si tengo las manos atadas?

—Caramba, es verdad —rió el investigador.

—¿Y para qué tendría que agarrarme a la cama?

—Para no caerse de la sorpresa.

—¡Ray, por favor, suéltelo de una vez! —suplicó la joven, Thompson lo soltó:

—Kenyon Dillman.

Donna Axley, en lugar de caerse de la cama, se convirtió en un bloque de granito.

—¿Kenyon Dillman? —repitió, con voz que era apenas un susurro.

Ray Thompson cabeceó afirmativamente.

—Sí, Donna. Kenyon es el cerebro del Club de la Metralleta.

—¡No puedo creerlo, Ray!

—Tiene que serlo, Donna. Sólo así se explican muchas cosas que de otro modo no tendrían explicación. La primera, que los del Club de la Metralleta no la secuestrasen a usted anoche. Como dije antes, fue porque a Kenyon no le interesaba, pues el rubio tenía otros planes. Él quería que usted me contratase a la mañana siguiente para así poder justificar la paliza que vendrían a darme Tim *el Blindado* y Fred *el Quebrantahuesos*, con fractura de remo incluida, para dejarme inútil por unos meses y que no les molestase para nada. Eso, sin embargo, le salió mal. Lo de esta noche, en cambio, sí le salió redondo, pues además de atracar el Bruno's,

y secuestrarla a usted, me cazaron a mí. Kenyon no sabía que yo iba a estar también en el restaurante, por supuestos. Y sus hombres tampoco, lógicamente. Es más, estoy seguro de que éstos no me conocían personalmente. Y Kenyon creo que tampoco, porque esta noche, cuando entró con usted en el restaurante, y miró hacia mi mesa, no evidenció sorpresa alguna. Yo les estaba observando a los dos por el rabillo del ojo, y puedo asegurar que Kenyon se fijó mucho más en Sylvia que en mí.

—Hay algo que tira por los suelos su teoría, Ray.

—¿Sí? ¿Él qué?

—Kenyon fue brutalmente golpeando en el restaurante por el tipo de la bolsa de piel. ¿Cree usted que si Kenyon fuera el jefe de la banda, uno de sus hombres se hubiera atrevido a...?

—Eso fue una farsa, Donna.

—¿Una farsa?

—Sí. Muy bien representada, debo admitirlo, pero farsa al fin y

al cabo. Su única finalidad era librar a Kenyon de toda sospecha, por si la policía, aunque era poco probable, llegaba a pensar que el rubio tenía algo que ver en el secuestro. Los golpes que le propinó el tipo con su metralleta parecieron muy duros, pero no lo fueron.

Donna movió débilmente la cabeza.

—Me cuesta admitir que Kenyon...

—Lo comprendo perfectamente. Pero sé que no estoy equivocado, Donna, y espero demostrarlo.

La joven le miró.

—¿Qué piensa hacer, Ray?

—Intentar escapar, naturalmente. No puedo quedarme esperando tranquilamente a que los del Club de la Metralleta me den la paliza anunciada y me rompan una pierna. Ya me vi precisado en una ocasión a utilizar un par de muletas, y le aseguro que es bastante molesto caminar así.

—¿Cómo va a intentar escaparse, con las manos atadas a la espalda?

—Eso es lo primero que tenemos que lograr: librarnos de la cinta adhesiva.

—No sé cómo... —repuso Donna, escéptica.

—Yo sí lo sé, Donna.

CAPÍTULO X

Donna Axley respingó ligeramente.

—¿De veras sabe cómo librarnos de la cinta adhesiva, Ray?

Thompson asintió con la cabeza.

—Con los dientes.

Donna pestañeó.

—¿Espera cortarla con los dientes?

—No, cortarla ya sé que no podré, pero sí despegar el extremo de la cinta e ir tirando de él poco a poco, hasta despegarla del todo.

—Será una tarea de chinos...

Thompson puso cara de chino.

—¿Dispuesta, señorita?

La joven empezó a reír.

—Parece usted un chino de verdad, Ray.

El investigador también rió.

De pronto, se dejó caer de rodillas.

Donna enarcó las cejas.

—No me diga que va a declararse, Ray.

—Por supuesto que no. Sería perder el tiempo, porque usted, hasta que no cumpla los veinticinco años, piensa rechazar cuantas proposiciones matrimoniales le hagan. ¿No dijo eso esta mañana?

—Sí, lo dije.

—Y no ha cambiado de idea, ¿verdad?

—No, sigo pensando igual.

—Lo suponía.

—¿Qué es lo que va a hacer entonces, pedirme perdón por algo?

—Tampoco. No he hecho nada malo, que yo sepa...

—¿Y para qué diablos se ha puesto de rodillas?

—Para tener los dientes a la altura de sus manos. Si hace el

favor de levantarse y darse la vuelta, empezaré a morderla.

Donna compuso un gesto pícaro.

—¿A mí?

—No lo diga dos veces —repuso Thompson, sonriendo.

Donna se levantó de la cama y se puso de espaldas al investigador.

—¿Estoy bien así?

—Usted está bien de todos modos.

Ella le miró por encima del hombro.

—Gracias por el piropo.

—De nada —respondió Thompson, observando la cinta adhesiva que sujetaba las manos de la joven.

—¿Qué espera para empezar a morder?

—Estoy buscando el extremo de la cinta.

—¿Y no lo encuentra?

—No.

—Siga buscando.

—Eso estoy haciendo.

—Y no se distraiga.

—¿En qué iba a distraerme?

—Observando cosas que no debe. Al menos, no en este momento.

Thompson sonrió.

—No sea mal pensada.

—«Piensa mal y acertarás», dice el refrán.

—El refrán que diga lo que quiera, pero yo le aseguro que en estos momentos sólo tengo ojos para la cinta adhesiva.

—Espero que lo mismo suceda con sus dientes.

—Descuide, que no la morderé.

—¿Encuentra o no encuentra el extremo de la cinta?

—Sí, creo que ya lo he localizado.

—Pues adelante.

Ray Thompson se puso a trabajar con los dientes.

Donna Axley dejó oír una risita.

—¿De qué se ríe? —preguntó el investigador.

—Me hace cosquillas en las manos.

Thompson se las besó, las dos.

—¿Qué hace? —exclamó ella, mirándole de nuevo por encima

del hombro.

—Eliminarle las cosquillas.

—¿A besos?

—También se eliminan rascando, pero como tengo las manos atadas a la espalda...

—Vamos, olvídense de mis cosquillas y siga con la cinta.

Thompson volvió a ocuparse de la cinta adhesiva.

—¿Sabe una cosa, Ray?

—¿Qué?

—Parece usted un perro amaestrado.

—Vaya ocurrencia —gruñó el investigador, mientras Donna reía.

Por fin, Thompson consiguió despegar el extremo de la cinta adhesiva.

Empezó a tirar de él.

Con gran trabajo, fue despegando la cinta.

Donna elevaba o bajaba las manos, según le iba indicando el investigador.

Cuando Ray Thompson había conseguido despegar la mitad, aproximadamente, de la cinta adhesiva, se escucharon pasos.

—Alguien se acerca —murmuró Thompson.

Donna Axley empezó a perder el color.

—¿Qué hacemos ahora, Ray? —preguntó, muy bajo.

—Yo me echaré en el suelo, como estaba antes, y fingiré que sigo inconsciente.

Usted siéntese cerca de mí y provoque al tipo que se acerca.

—¿Que le provoque? —Respingó Donna.

—Sí. Es preciso que usted atraiga la atención del tipo para que yo pueda intentar algo.

—¿Qué puede intentar, con las manos atadas a la espalda?

—Los pies los tengo libres ¡Vamos, deprisa!

Ray se tendió de bruces, en el mismo lugar donde le dejaron los dos individuos que lo llevaron hasta allí.

Donna se sentó en el suelo, a menos de un metro del investigador, procurando dominar su nerviosismo.

Thompson le guiñó el ojo, para darle ánimos.

—Todo saldrá bien, Donna, no se preocupe.

—Dios lo quiera —musitó ella.

Los pasos se detuvieron delante de la puerta.

Una llave se introdujo en la cerradura.

Giró en ella.

La puerta se abrió.

Donna clavó los ojos en el tipo que estaba en el corredor, con el rostro cubierto por el capuchón de lana y la metralleta pronta para abrir fuego.

El sujeto, al ver que Ray Thompson seguía en el mismo sitio de antes, con las manos atadas, apuntó hacia el suelo y entró en la habitación, cerrando la puerta.

Por su constitución física, Donna supo que no se trataba del tipo que quiso besarla, ni del cabecilla del grupo, sino de uno de los dos individuos que sacaron a Ray Thompson del

Bruno's,

inconsciente.

El sujeto avanzó unos pasos y se detuvo cerca del investigador y de la joven.

—¿Todavía sigue durmiendo? —rezongó, observando a Ray Thompson.

—Si querían que se despertara pronto, no haberle golpeado tan fuerte en la cabeza —repuso Donna.

El tipo la miró.

—No tenemos ninguna prisa, rubia. Lo mismo nos da propinarle la paliza ahora que dentro de dos horas.

—¿Por qué son ustedes tan salvajes?

El encapuchado sonrió.

—¿Por qué eres tú tan bonita? —preguntó a su vez, fijándose en las esbeltas piernas de la muchacha, que ella mostraba, generosa y deliberadamente, por la abertura frontal de su vestido, para incitar al tipo.

—Soy una chica del montón.

El sujeto chascó la lengua.

—No, tú no eres una chica del montón, rubia.

Donna sonrió tímidamente, como agradeciendo las palabras del enmascarado, y bajó la mirada.

La sonrisa de la joven animó al tipo a sentarse junto a ella.

Donna se asustó.

—¿Qué pretende?

—Nada —respondió el individuo.

—¿Por qué se ha sentado a mi lado?

—Qué bien hueles, rubia...

—Me ducho todos los días.

—Y usas perfumes caros...

—Puedo permitirme ese lujo.

El tipo le pasó la mano por el cabello, suavemente.

—Tienes un pelo precioso.

Donna no dijo nada.

El individuo deslizó su mano hacia los hombros de la muchacha.

—Qué piel tan suave...

—No me toque, haga el favor.

—¿No te gusta que te acaricien?

—Un atracador, no.

—Los atracadores somos hombres como los demás.

—Ni siquiera sé si es usted guapo o feo.

—Feo, desde luego, no soy.

—Que se vea.

—Lo siento, pero no puedo quitarme el capuchón... Si me viese la cara, tendríamos que matarte.

—¡Oh! Entonces no se lo quite, no.

—Dime una cosa, rubia.

—¿Qué?

—¿Qué harías si te diese un beso?

—Quedarme con él.

—¿Cómo?

—Que no haría nada, quiero decir.

—¿De veras? —se sorprendió el tipo.

—¿Qué podría hacer con las manos atadas a la espalda?

—¿No gritarías?

—¿Para qué? ¿Quién iba a acudir en mi auxilio?

El encapuchado ya no lo dudó más.

Dejó la metralleta en el suelo, enlazó a la joven por el talle, procurando hacerlo con delicadeza, y le aproximó lentamente el rostro.

Donna fue inclinándose hacia atrás, hasta que su espalda tocó el suelo.

El tipo quedó sobre ella.

Tras observar durante unos segundos los temblorosos y húmedos

labios de la muchacha, la besó con ardor.

Ray Thompson, procurando no causar el más leve ruido, se levantó del suelo.

Echó una pierna atrás, con gran estilo.

Como si fuera a lanzar un *penalty*.

Su objetivo, sin embargo, no era un balón de fútbol, sino la cabeza del encapuchado.

Thompson disparó la pierna, alcanzando en la sien derecha al tipo.

El patadón, tremendo, hizo rodar al individuo por el suelo.

El sujeto no gritó.

No podía hacerlo, pues el golpe le había privado instantáneamente del sentido.

Quedó con los brazos en cruz, boca arriba.

—¡En pie, Donna, deprisa! —indicó Ray Thompson—. Tengo que acabar de desatarla antes de que el tipo recobre el sentido o acuda alguno de sus compañeros.

Donna se incorporó lo más rápidamente que pudo y se puso de espaldas al investigador.

Thompson se dejó caer de rodillas y se puso a trabajar de nuevo con los dientes.

* * *

Los otros cuatro atracadores estaban sentados alrededor de una mesa, echando unas manos de póquer.

—Perry tarda en bajar, Mark —observó uno de los tipos, llamado Kirk.

Mark, el cabecilla del grupo soltó un gruñido, pero no hizo comentario alguno.

—Para averiguar si el investigador ha recobrado al sentido ya, no hace falta tanto tiempo —añadió Lex, otro de los atracadores.

—Debe de estar observando de cerca a la atractiva rubia —dijo Stan, el tipo que hiciera tropezar deliberadamente a Donna con los escalones del porche—. Y quién sabe si intentando...

El cabecilla del grupo soltó otro gruñido.

—Kirk, sube a ver qué está haciendo Perry —indicó.

—Sí, Mark —dijo Kirk, levantándose de la silla.

Se puso el capuchón de lana, atrapó su metralleta y se dirigió a la escalera.

Ascendió por ella, sin ninguna prisa.

Una vez arriba, caminó hacia la puerta de la habitación donde tenían encerrados al investigador y a la chica.

Cuando estuvo ante ella, le pareció oír la voz de la muchacha.

En lugar de abrir, pegó el oído a la hoja de madera.

Oyó que la joven, en tono suplicante, decía:

—No me bese más, por favor... No me bese más o gritaré... ¡Apártese de ahí inmediatamente, sinvergüenza!

El llamado Kirk no esperó más.

Sonriendo, abrió la puerta.

Lo hizo muy confiado, pensando que si Perry se estaba propasando con la chica, era porque el investigador continuaba inconsciente.

Su sonrisa se borró al ver a su compañero tendido de espaldas en el suelo, sin sentido, y a Donna Axley acurrucada en uno de los ángulos de la habitación.

Por detrás de una de las camas surgió Ray Thompson, empuñando con firmeza la metralleta de Perry, con la cual apuntó a Kirk.

—Adelante, muchacho —indicó el investigador—. Avanza despacio, sin hacer ningún movimiento sospechoso, porque si lo haces me pondré a disparar y te irás de este mundo con más agujeros que un cedazo.

Kirk, en lugar de obedecer, levantó velozmente su metralleta y soltó una ráfaga de plomo.

Las balas, sin embargo, partieron faltas de dirección, pues cuando el miembro del Club de la Metralleta cerró su índice sobre el gatillo, ya tenía varios plomos en el pecho y reculaba precipitadamente hacia el corredor, empujado por los proyectiles.

El alarido de muerte que brotó de la garganta del encapuchado fue ahogado materialmente por el estruendo ensordecedor de los disparos.

Kirk se desplomó en el centro del corredor.

Ray Thompson echó a correr hacia la puerta, gritando:

—¡No se mueva de ahí, Donna!

La joven, más pálida que un difunto, se quedó dónde estaba.

Porque el investigador se lo había ordenado... y porque sus piernas estaban como dormidas, paralizados los músculos de las mismas por la terrible impresión que para ella había supuesto el ver caer a un hombre con el pecho acribillado.

Abajo, al escuchar el trepidar de las metralletas, Mark, Stan y Lex habían saltado de sus sillas, en busca de sus respectivas metralletas.

Ya las tenían en las manos cuando Ray Thompson apareció en la escalera semicircular.

—¡Plomo con él, muchachos! —rugió el cabecilla del grupo.

De nuevo tronaron las metralletas.

La primera en hacerlo, como la vez anterior, fue la que empuñaba el investigador.

Las balas empujaron al llamado Stan hacia la pared, donde chocó violentamente, para desplomarse seguidamente, sin vida.

Ray Thompson se arrojó de bruces al suelo, para esquivar las ráfagas que ya le estaban enviando Mark y Lex.

Los proyectiles silbaron agudamente por encima de él.

Thompson apretó de nuevo el gatillo de su metralleta, cuyo cañón tomó primero como blanco a Mark, el cabecilla del grupo de atracadores.

El tipo se contorsionó como una marioneta, roto por las balas, acompañando sus grotescos movimientos con chillidos de dolor, de angustia, de muerte...

Finalmente cayó al suelo, donde quedó desmadejado.

Su compañero Lex caía pocos segundos después, alcanzado también por los plomos escupidos por la metralleta que manejaba el investigador.

—¡Cuidado, Ray! —chilló Donna Axley, con todas sus fuerzas.

Thompson, todavía en el suelo, giró velozmente sobre sí mismo.

Gracias a ello se libró de una muerte segura, pues los proyectiles enviados desde lo alto de la escalera por el tipo llamado Perry, recuperado ya del patadón en la sien que le propinara el investigador, picotearon el lugar donde una fracción de segundo antes estaba tendido de bruces Ray Thompson.

Perry quiso rectificar su fallo, pero Thompson no le dio tiempo.

El investigador disparó antes que él, tan certeramente como en las ocasiones anteriores.

Perry soltó la metralleta de Kirk y se derrumbó, lanzando un largo aullido.

—¡Ray! —gritó Donna, tambaleándose.

Thompson, adivinando que la joven iba a desmayarse de un momento a otro, se puso en pie de un salto, arrojó la metralleta de Perry y subió rápidamente la escalera, a saltos.

Llegó a tiempo de sostener a la muchacha por los hombros.

—Ya pasó todo, Donna, tranquilízate.

Ella se abrazó fuertemente a él.

—Qué horror, Ray... —musitó.

—Yo no quería disparar, pero ellos me obligaron.

—Lo sé, lo sé.

Thompson la estrechó contra su pecho y le acarició el cabello.

Permanecieron así bastantes segundos.

Por fin, Donna levantó la cabeza y miró al investigador, aunque no dijo nada.

Fue Ray Thompson quien habló:

—Ha sido usted muy valiente, Donna.

Ella sonrió débilmente.

Thompson la besó en los labios, con mucha suavidad.

Donna soltó tres parpadeos seguidos.

—¿Por qué me ha besado, Ray?

—Por eso, por ser tan valiente.

La joven volvió a sonreír.

—Usted sí que ha sido valiente.

—Pues ya sabe cómo se premia eso —sonrió también Thompson.

—¿Me está pidiendo que le bese?

—Sí, me gustaría que lo hiciese.

Donna se elevó sobre las puntas de sus pies y besó al investigador.

Ray Thompson se apresuró a devolverle la caricia, tan suave y delicada al principio, como intensa y apasionada después.

EPÍLOGO

Terence Axley se hallaba en su despacho, materialmente hundido en un sillón, expresando el duro golpe que para él había supuesto la noticia de que su hija Donna había sido secuestrada en el restaurante

Bruno's

por los miembros del Club de la Metralleta.

Con el propietario de la cadena de almacenes Axley se encontraban el teniente Bradford, un cuarentón de aspecto enérgico, el agente Kirby, un pelirrojo alto y espigado, y Kenyon Dillman, el apuesto rubio.

El teniente Bradford iba a decir algo, cuando de pronto se abrió la puerta y Donna Axley irrumpió en el despacho, seguida de Ray Thompson, que llevaba la bolsa de piel de los atracadores.

—¡Donna! —exclamó Terence Axley, brincando del sillón, sin dar crédito a sus ojos.

—¡Papá! —gritó la muchacha, corriendo hacia su padre, en cuyos brazos se arrojó.

Terence Axley estrujó materialmente a su hija, presa de una gran emoción que le impedía incluso hablar.

El teniente Bradford, el agente Kirby y Kenyon Dillman contemplaban la escena con ojos incrédulos.

Ray Thompson lo hacía con la sonrisa en los labios, aunque sin perder de vista un solo instante al rubio Kenyon, a quien seguía considerando el cerebro de el Club de la Metralleta, pero eso aún tenía que demostrarlo.

La malo era que carecía de prueba alguna.

Pero el investigador tenía un plan para desenmascarar a Kenyon Dillman, e iba a ponerlo en práctica muy pronto.

—¿Estás bien, hija? —inquirió Terence Axley, observando a Donna con los ojos húmedos por la emoción que le embargaba.

—Sí, estoy perfectamente, papá —respondió ella, tan emocionada como su padre.

—¿Usted también, Thompson? —preguntó el teniente Bradford, quien sentía una gran admiración por el investigador, aunque a éste nunca se lo había confesado.

—Sí, yo también, teniente —respondió Ray, sonriendo—. Observe lo bien que me encuentro —añadió, y acto seguido le soltó un castañazo a Kenyon Dillman, al cual envió al suelo.

El teniente Bradford y el agente Kirby se quedaron de muestra.

También Terence Axley estaba estupefacto.

Donna, no, porque ella sabía de qué iba la cosa.

Kenyon Dillman se pasó los dedos por el castigado mentón, sentado en el suelo.

—¿Es que se ha vuelto loco, Thompson? —exclamó con el desconcierto reflejado en el rostro.

—Estás atrapado, Kenyon.

—¿Qué?

—En el «Buick» negro tenemos, atado de pies y manos, a uno de tus hombres —mintió Ray—. Es el único que queda con vida, los otros cuatro han muerto. El tipo lo ha soltado todo, Kenyon.

El rubio comenzó a palidecer.

El teniente Bradford, con el ceño fruncido, rogó:

—¿Le importaría explicarse mejor, Thompson?

—Con mucho gusto, teniente —respondió Ray, dejando la bolsa de piel sobre un sillón—. Kenyon Dillman es el hombre que dirigía el Club de la Metralleta, el que daba las órdenes a los cinco tipos que se cubrían el rostro con capuchones, el que lo planeaba todo... Mis sospechas se confirmaron en la habitación donde nos encerraron a Donna y a mí, al comprobar que los cajones de la cómoda y la mesilla de noche habían sido vaciados con anterioridad a nuestra llegada a la casa que ocupaban los atracadores, en las afueras de la ciudad. Ello demostraba que los del Club de la Metralleta ya sabían que iban a encerrar en aquella habitación a Donna, por eso retiraron de allí todas sus cosas. Más claro, teniente: que el atraco de esta noche al

Bruno's

fue un complemento de la operación, pues el principal objetivo de la misma era secuestrar a Donna, para pedir un fuerte rescate por su libertad. Kenyon nos dirá, si es tan amable, qué suma pensaba exigir —concluyó el investigador, mirando al rubio.

Lo mismo hicieron Donna, su padre, el teniente Bradford y el agente Kirby.

Dillman, lentamente, se puso en pie.

—Un millón de dólares —confesó, cabizbajo—. Con ellos, más el botín obtenido anoche en la fiesta, el de esta noche en el Bruno's,

y dos o tres atracos más que teníamos proyectado llevar a cabo en las próximas semanas, hubiésemos tenido suficiente para los seis, y nos hubiéramos retirado.

—No lo entiendo, Kenyon —murmuró Donna—. Tú no tenías necesidad de dinero...

Dillman sonrió tristemente.

—Para vivir normalmente, desde luego, no. Pero sí para poder permitirme una serie de lujos que de otro modo no podía tener.

—Como el vivir sin trabajar, ¿verdad? —intervino Terence Axley, mirando con dureza al rubio.

—Exacto —admitió Kenyon, cínicamente.

—Con lo sano que es el trabajo... —repuso Ray.

—Kirby, hazte cargo de él —indicó el teniente Bradford.

El agente comprobó que Dillman no llevaba armas y luego le puso las esposas.

—Vamos por el otro, Thompson —dijo Bradford.

—¿Qué otro?

—El tipo que está en el «Buick» negro, atado de pies y manos, según dijo usted.

Ray sonrió levemente.

—No fue más que un truco, teniente, para obligar a confesar a Kenyon. Los cinco tipos murieron en la casa.

A continuación, el investigador relató lo sucedido en la guarida de los atracadores, mientras Kenyon Dillman maldecía interiormente contra sí mismo, por haber caído en la trampa que le había tendido el astuto Ray Thompson.

—Hubiera preferido atraparlos vivos, pero... —concluyó Ray.

—No se preocupe, Thompson —dijo Bradford—. Se trataba de su

vida o la de ellos. Lo realmente asombroso es que pudiera usted con los cinco.

—Si no llega a ser por Donna... —repuso Ray, mirando a la joven.

Ella le dedicó una sonrisa.

El teniente Bradford cogió la bolsa de piel de los atracadores y dio un vistazo a su interior.

—¿Está aquí todo lo robado, Thompson?

—Creo que sí, teniente. El botín de anoche lo encontramos en el cajón de un armario, y lo pusimos en la bolsa, donde estaba todavía lo que se llevaron esta noche del Bruno's.

—Lo verificaremos. Vamos, Kirby.

—Un momento, teniente.

—¿Sí, Thompson?

Ray le habló brevemente de Tim Dyson, alias *el Blindado*, y de Fred Claxton, alias Fred *el Quebrantahuesos*.

También le dijo dónde podría encontrarlos.

El teniente Bradford sonrió.

—Mandaré por ellos esta misma noche, Thompson, y se pasarán una temporada entre rejas.

Seguidamente, abandonó el despacho, junto con el agente Kirby y el esposado Kenyon Dillman.

Donna se volvió hacia su padre.

—Supongo que habrás cambiado de opinión sobre los investigadores privados, ¿no?

Terence Axley rió alegremente.

—¡Desde luego! ¿Puedo ofrecerle una copa, Thompson?

—La aceptaré con mucho gusto, señor Axley —sonrió Ray.

—Nada de copas ahora —dijo Donna—, sorprendiendo tanto a su padre como al investigador. —Lo primero es atender la herida que Ray tiene en la cabeza, y de eso voy a ocuparme yo personalmente. Venga conmigo, Ray— indicó, tirando de él.

Lo sacó del despacho y lo condujo al *living*.

—Póngase cómodo, Ray, mientras voy por el botiquín.

Thompson se dejó caer en el sofá.

Un par de minutos después, Donna estaba de regreso con el botiquín. Se sentó al lado del investigador y procedió a curarle la

herida.

—Ya está, Ray.

—Gracias, Donna —repuso Thompson, tocándose la gasa sujeta con tiras de esparadrapo que la joven le había colocado sobre la herida desinfectada.

El investigador adivinó que la muchacha estaba deseando que la besara, y como él también lo deseaba, la tomó por la cintura y unió su boca a la de ella.

Donna le pasó los brazos por el cuello y le devolvió el beso.

Cuando separaron sus bocas, un rato después, se miraron a los ojos.

—Qué beso tan largo, Ray... —murmuró Donna.

—Ha durado un año justo —sonrió Thompson.

—Entonces, ya tengo veintidós —dijo ella, con ironía.

Ray volvió a besarla con vehemencia.

—Veintitrés —dijo después.

—Ray...

Thompson le dio otro beso.

—Acabas de cumplir los veinticuatro.

—Entonces sólo me falta uno para los veinticinco...

Thompson la besó por cuarta vez y respondió:

—Te faltaba. Ahora ya puedes enamorarte de quien quieras, pero como no sea de mí, me pego un tiro.

—Enamorada de ti, ya lo estoy, Ray. ¿Lo estás tú de mí?

—¿No lo has notado por mi forma de besarte?

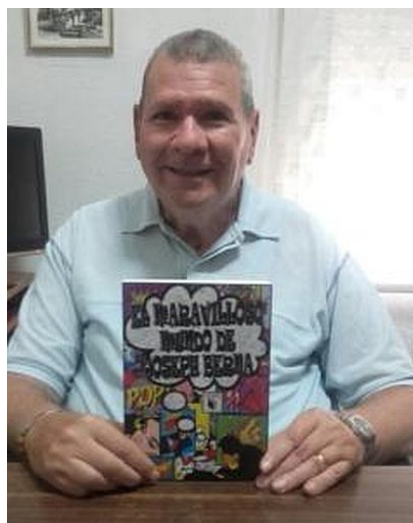
—¿Y qué suelen hacer un hombre y una mujer cuando se enamoran de verdad?

—Muchas cosas. Pero lo primero que deben hacer, es casarse.

—Eso mismo pienso yo.

—Da gusto cuando dos personas están de acuerdo en todo... —dijo Ray Thompson, y selló con un ardiente beso los rojos labios de Donna Axley.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».